

# Rango y contienda. La cuestión del poder entre los celtas

Joaquín MUÑIZ COELLO

Universidad de Huelva  
coello@uhu.es

## RESUMEN

La información literaria sobre los pueblos celtas continua siendo central para el análisis de ciertos conceptos, cuya reflexión desborda la tarea de los arqueólogos. Esta información obliga a notorias cautelas, pues nos refiere a la fase final de aquella cultura, los siglos II y I a. C., y aún el I d.C., y procede de los escritores griegos y romanos, o sea, de la sociedad de sus dominadores. Así, tenemos noticias sobre la política, el poder militar, las diversas asambleas, la estructura del mando, el papel de los nobles, de los ancianos, del pueblo llano en general, a causa del interés y asombro que las peculiaridades de la sociedad celta provocaba entre los escritores griegos y romanos. Escritores que desde una etnocéntrica interpretación de lo ajeno, proporcionaban una imagen de conjunto, parca en matices individualizadores, sobre aspectos relevantes de grupos que, por el imperativo de las armas, eran ocupantes y tributarios de unas provincias que se extendían desde el Atlántico al Rin.

**Palabras clave:** Jefes, tribus, valores, unanimidad, celtas.

## Rank and strife. Power among Celts.

### ABSTRACT

Literary sources about Celtic Peoples remain essential in order to understand certain theoretical conceptualizations yet. However, there is hardly any need to remind that Greeks and Romans, who were to become Celts' masters, described in their own literature only the final phase of that culture, roughly from the second century BC to the first century A.D. Hence, the actual information we have on Celtic politics, military power, assemblies, commanding structure, or the role of aristocracies, the elders or the common people can only be explained as the reaction, curiosity or even surprise of Classical writers' with respect to their counterparts. What strikes the most is that from the ethnocentric view of "the others", those writers tried to show an overall picture, particularly underlying features from several relevant groups whose military position made them lead vast regions (of the Roman Empire) from the Atlantic to the river Rhine.

**Key words:** Leaders, tribes, values, unanimity, celts.

**SUMARIO:** 1). Etnografía e Historia. Nuestras fuentes. 2). Los Jefes de la Guerra ... 3). ... y los Jefes de la Paz. 4). La riqueza, la guerra ... 5). ... y la distribución de bienes y promesas. 6). Poder, uniones y parentesco.- 7). La asamblea de los celtas.- 8). La sanción colectiva.- 9). La unanimidad.

## 1. ETNOGRAFÍA E HISTORIA. NUESTRAS FUENTES.

La interpretación del poder en las sociedades primitivas es un asunto complejo en el que el investigador debe asumir que su forma de manifestarse, la percepción que del mismo se tiene, y los ámbitos, espaciales y temporales que les conciernen, difieren en cada grupo humano abordado. Si buscáramos una definición simple, que sirviera para englobar el mayor número de sociedades, hablaríamos del poder como aquella capacidad que se tiene para actuar sobre los individuos o para gestionar asuntos concretos. *Poder* sería por tanto sinónimo de dominio e imperio, ya fuera referidos a las personas o a las cosas, pero es una noción que también tiene que ver con la autoridad, con la capacidad que se tiene para ejercer tal poder, algo que proviene o es secuela de un reconocimiento público, y completando la relación de ideas asimiladas es concepto sinónimo también de jurisdicción, de potencia o de facultad, por citar algunas, sin que sea para nosotros aquí relevante precisar si estas nociones son causa o efecto de ese poder en vigor<sup>1</sup>.

En el estudio de la sociedad primitiva, los etnógrafos y antropólogos se esfuerzan en utilizar criterios que permitieran ordenar los distintos grupos humanos, de acuerdo a parámetros asequibles al método científico. Se ha venido sistematizando el inmenso material recogido desde la observación y análisis de campo, y tras la identificación de los sistemas económicos y estructuras sociales observados en el trabajo de campo, las descripciones se han extendido al resto de manifestaciones de la cultura, como los comportamientos religiosos, las creaciones artísticas o las pautas del derecho o de la política. Acuerdos convencionales de la comunidad científica han permitido agrupar sociedades con rasgos similares que se definen esenciales, y que son rastreables y constatables en cada una de las comunidades clasificadas. Así, estos estudiosos hablan de sociedades simples y de sociedades complejas, sociedades cazadoras y sociedades recolectoras, ganaderas y agrícolas, en fin, de sociedades sin estado y sociedades con estado, lo que lejos de clarificar el panorama, suele abrir nuevas polémicas, pues son mayoría las sociedades primitivas cuyas economías se muestran mixtas y participan en grados diferentes de todas las posibilidades expuestas. Es con diferencia el último de los criterios aludidos, el relativo a la existencia o no de estado, el más complejo, pues qué sea o entendamos por estado como institución, es un complejo debate que continúa abierto, a partir de las diferentes argumentaciones que pueden sostenerse desde los enfoques de antropólogos, sociólogos, juristas, prehistoriadores e historiadores de la Antigüedad, entre otras parcelas de interesados<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> J. Beattie, *Otras culturas*, [Oxford 1964] México 1978, 187; R. Cohen, El sistema político, en J.R. Llobera, ed., *Antropología política*, Barcelona [1979] 1985, 39.

<sup>2</sup> El concepto de estado es siempre tema polémico, como no podía ser de otra manera, pues hay tantos puntos de vista como campos científicos, desde el Derecho a la Antropología, pasando por la Prehistoria, la Historia, la sociología, etc..., y aún en cada caso, con las posiciones de cada una de las escuelas de pensamiento. Son ya clásicas las nociones de M. H. Fried, Sobre la evolución de la estratificación social y del estado, J.R. Llobera, ed., *Antropología política*, Barcelona [1979] 1985, estado como organización del poder sobre base distinta a la del parentesco. En él la jefatura está formada por líderes fuertes, con fuerza coactiva, nume-

Dentro de la sociedad primitiva, la antropología política ha sido parcela objeto de escasos análisis y éstos relativamente recientes, de modo que su conocimiento de base sólo contó con algunas directrices - magistrales directrices, desde luego - en las obras de los grandes pioneros y estudiosos de la etnografía, en la primera mitad del siglo XX. Desde esta perspectiva, en la actualidad y con relación a las instituciones políticas, el número de culturas primitivas examinadas y con resultados publicados es ciertamente significativo, pero a nuestro juicio todavía insuficiente, de modo que muchas de aquellas obras, ya cargadas de años, que fueron pioneras en su momento, siguen siendo de consulta imprescindible a la hora de contrastar datos y depurar por el investigador unos primeros resultados provisionales. Aunque con un número de trabajos inferior al de otras parcelas de la cultura primitiva, contamos hoy con valiosos ensayos sobre comportamientos políticos, sobre sistemas de gobierno y, en definitiva, sobre la administración del poder, desde quienes lo ejercen hasta la sociedad que lo soporta o lo delega<sup>3</sup>.

A las dificultades derivadas del número y variedad de ámbitos geográficos y temporales, el historiador de la antigüedad debe sumar otros problemas que, ciertamente, comprometen los métodos convencionales de análisis. Pretendemos hacer un análisis del poder en la sociedad celta, objetivo éste que se subordina, es una obviedad, a los impedimentos que nuestras fuentes de trabajo nos imponen. Esta obviedad debe en este caso subrayarse porque, en nuestra opinión, en el tema que vamos a tratar se agravan los problemas inherentes a las fuentes literarias que informan sobre el mundo antiguo. Para empezar, no hay fuentes literarias celtas para esos ocho o nueve siglos de historia anterior al cambio de era, y toda la información escrita disponible procede de observadores ajenos, en este caso de los geógrafos e historiadores griegos y romanos. Esta información además va referida a la fase final de esa evolución histórica, con alusiones y referencias a etapas previas pero inmediatas y algún dato esporádico y aislado sobre tiempos anteriores a los enmarcados en el grueso del argumento.

El grueso de la información está en las obras de Polibio, César, Livio, Estrabón, Diodoro, Plinio el Viejo, Tácito, Apiano, Ateneo, aunque referencias dispersas hay desde Herodoto a Plutarco y Amiano Marcelino, con ocho siglos de diferencia. Todos

---

rosos emblemas de su poder y autoridad, con extensas burocracias, contacto tamizado con los súbditos, a través de un ceremonial o protocolo, y cierto grado de vinculación con la divinidad, 118/120; 148 ; R. Carneiro, Chiefdom: precursor of the State, *The Transition to the Statehood in the New World*, New York 1981, 69, hay estado cuando hay servicios, leyes e impuestos; E. Adamson Hoebel, *Man in the Primitive World*, New York 1949, 376, donde hay organización política, hay estado. Si la organización política es universal, de igual modo lo es el estado. El primero es el grupo, el otro, un complejo institucionalizado de conducta; L. Duguit, *Traité de droit constitutionnel*, 2ªed. Paris 1921, 395, hay estado en una sociedad cuando hay una diferenciación política por rudimentaria y poco desarrollada que sea.

<sup>3</sup> Algunos títulos clásicos, I. Schapera, *Government and Politics in Tribal Societies*, London 1956; J. Middleton & D. Tait, *Tribes without rulers*, London 1958; D. Easton, *Political Anthropology*, *Biennial Review of Anthropology*, 1959, 210/262; L. P. Mair, *Primitive Government*, Baltimore 1962; M. Schwartz y otros, eds., *Political Anthropology*, Chicago 1966; *Political Systems and the Distribution of Power*, *Conference on New Approaches in Social Anthropology*, Jesus College, Cambridge A.S.A., monographs nº 2, London 1963/1965; M. Gluckman, *Politics, Law and Ritual in Tribal Society*, Oxford 1965; T.K. Earle, The Evolution of Chiefdom, *Current Anthropology* 30.1, 1989, 84/88.

dedican mayor o menor espacio a trazar los rasgos generales de la sociedad celta, tal como ellos o los autores de los que tomaban los datos la veían y sentían. Sus miembros se nombran como galos, gálatas o según el gentilicio de las distintas etnias y *civitates* que se citan, incluso germanos, pues a la hora de las descripciones el observador griego o romano no apreciaba diferencias sustanciales en las pautas de comportamiento de ambas comunidades. Y en estas visiones entre la etnografía y la geografía, sólo se añadían unas breves líneas, contados párrafos en el mejor de los casos, sobre el ámbito de la política, sobre el poder y su entorno, el objeto que centra nuestro trabajo.

A excepción de César, no estamos ante fuentes de primera mano, los autores usaron sus propias fuentes de información - Posidonio es cita frecuente -, que no siempre citan, pero sus conclusiones, las de sus fuentes y las de ellos mismos, cuando así las distinguen, debemos asumirlas como el esquema sobre el que tras su depuración y análisis se expondrán las nuestras. Estas fuentes son estáticas, pues no aumentan, son una representación instantánea de un momento final de la cultura celta, como supra indicamos, apenas profundizan en los aspectos que enuncian, constituyen un modelo de relato que recuerda las narraciones de viajes y coincide con la descripción que sobre regiones y pueblos usaban los geógrafos desde Hecateo de Mileto. Preside la información una visión homogénea de los grupos, como pertenecientes a un mismo pueblo, sin valorar que a veces las distintas comunidades informadas pertenecen a ámbitos espaciales y temporales diversos. En ocasiones la fría y vaga descripción del clásico es accesoria de quien se siente ajeno a lo que contempla, como una secuela que acompaña a la mirada del curioso, del observador de rarezas, el análisis de quien apenas pormenoriza, y cuando lo hace, no sin sorpresa, sobre usos y costumbres que chocan o repugnan a sus prejuicios, o desde la posición contraria, valora, asimila y homologa sin mayor rigor cuanto comportamiento percibe como semejante a sus propias instituciones<sup>4</sup>.

A estos vicios, y soslayando la vieja cuestión que plantea la relación entre la realidad de las cosas y lo que el observador transmite, la distancia entre las palabras y los hechos, debemos sumar aún los defectos del propio individuo que asume la observación. Así, el núcleo principal de nuestras fuentes literarias sobre los celtas representan la visión del dominador, el análisis del conquistador, y con él la conciencia del pueblo que domina, o más aún, la de los ciudadanos-soldados que aún com-

---

<sup>4</sup> Historiadores tan serios y graves como Polibio o Tácito no disimulan sus prejuicios cuando de extranjeros se trata. Para el griego, los celtas eran arrogantes, pasionales, alocados e irracionales, violentos, crueles, codiciosos, pérfidos, inconstantes y traidores, según recoge en su completo estudio, E. Foulon, Polybe et les celtes (I), *LEC* 68, 2000, 319/354. Ceselio Baso, un eques que envolvió a Nerón con sus mitomanías, para Tácito - *Ann.* XVI.1/3 -, no cabía de qué extrañarse, pues "era de origen púnico y de mente perturbada"; los hispanos y galos eran bárbaros y salvajes, los senones en concreto, feroces y de costumbres groseras, los cimbrios, avaros y usureros, los germanos, combatientes sin cálculo ni medida, como auténticas fieras, en fin, todos los galos eran incontinentes con la comida y el vino, vid. V. Max. IX.1.5; II.6.11; *Ap. Iber.* 95; *Gal.* 3;7; *Floro* I.7.4/6; *Plut. Mar.* XVI.5; XXVII.2/4; *Cam.* XXIII.1; XXVIII.5/6; *Marc.* VI.7/8; J. Muñiz Coello, Roma y los "otros", en *Moral e Imperio (siglos II-I a.C.). La tradición romana sobre el estado*, Oxford 2004, 22/29; J.J. Hatt, *L'opinion que les grecs avaient des celtes*, *Ktéma* 9, 1984, 79/87; T.S. Schmidt, *Plutarque et les barbares. La rhétorique d'une image*, Louvain/Namur 1999.

baten por esa supremacía, que añaden una hostilidad real y activa al sentimiento de superioridad legado por conquistadores anteriores. El relato del clásico es la visión del vencedor, con todos los prejuicios que ello supone, referido además a un tiempo concreto, aquel en el que se desarrolla ese contacto, marcado como decimos por la beligerancia efectiva de las armas, un breve segmento temporal que no puede recoger caracteres y esencias que fueron resultado de varios siglos. Con este bagaje, y desde el consejo de Tácito - Ann. IV.33 -, cuando justificaba el estudio de los sistemas políticos anteriores, "*la mayoría aprende con la experiencia ajena*", iniciamos nuestro estudio<sup>5</sup>.

## 2. LOS JEFES DE LA GUERRA ...

Al escribir sobre los celtas, los autores griegos y latinos emplean un vocabulario que, desde la perspectiva de sus sociedades, responde al modo en que asimilaron las conductas e instituciones de los pueblos que describían. El vocabulario se amplía al hablar del poder individual, y es menor para el poder colectivo, en consonancia probablemente con el mayor o menor conocimiento que sobre las dos formas de ejercerlo poseían los escritores. Así, hablan de estrategias, *basileis*, *basiliskoi*, *hegemones*, *prostatai*, *proestotes*, *reges*, *reguli*, *duces*, *principes*, *imperatores* y *praetores*, y añaden perífrasis, en singular o plural, del tipo *qui magistratus tenebat*, *qui praeerat*, o *qui summam imperii tenebat*, para poderes igualmente personales. Con los términos *nobiles*, *primi*, *primates*, *maiores*, *principes* y *presbitatoi*, y órganos asociados, *senatus* o *consilium*, se nombraba un poder ciertamente menos preciso, habitualmente en segundo plano, cuyo alcance los textos dejan difuminado. Finalmente, *ekklesia* o *concilium*, eran los vocablos para nombrar la reunión de todo el pueblo sin distinción de clase o *status*.

Es lógica la abundancia de términos relativos al poder personal, porque fue en ese nivel donde se desarrollaron los contactos políticos entre celtas y romanos. Por otro lado y como ejemplo, para el observador romano del final de la República, habituado a convivir con un sistema político jerarquizado y respaldado por leyes de muchos años, no era fácil distinguir en qué segmento, clase o grupo de aquella sociedad que describía, se localizaba la capacidad de tomar decisiones, según el tipo de asunto que se tratara. De ahí que fuese habitual el trato directo de tipo personal con quienes en cada momento se presentaban como dirigentes - *qui summam imperii*

---

<sup>5</sup> C. Renfrew, *Archaeology and language. The Puzzle of indoeuropean Origins*, Cambridge 1987; M. Dietler, Our Ancestors the Gauls. Archaeological, Ethnic Nationalism and Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe, *American Anthropologist* 96.3, 1994, 584/605; P. Brun, From Chieftdom to State Organization in Celtic Europe, *Celtic Chieftdom, Celtic State. The Evolution of Complex Social Systems in Prehistoric Europe*, B. Arnold and D. Blair Gibson, eds., Cambridge University Press 1996, 13/25. En este contexto, la equiparación de instituciones entre culturas distintas, sobre la base de formas similares, pero fondos diversos, es parte del método con el que los romanos abordaban el discurso intelectual. Hablamos de la licitud con la que se usaba la *interpretatio*, y más importante en la vida cotidiana, la *fictio legis*, un modo de salvar las dificultades del conocimiento, anteponiendo la utilidad práctica a cualquier consideración sobre veracidad o rigor interpretativo. En la explicación de las sociedades es el paralogismo patético, del que hablaba J. Beattie, *op.cit.*, 220.

*tenebat* -, o al menos desempeñaban tal papel contando con un respaldo, con independencia de la fórmula adoptada, que el romano homologaba a formas de poder de su sistema político vigente<sup>6</sup>.

Cuando los estudiosos de la sociedad primitiva trazaban los caracteres típicos del líder primitivo, distinguían las habilidades que a los ojos de sus electores le avalaban como candidato idóneo, de aquellas otras cualidades que manifestaban durante el ejercicio del liderazgo. Tal cuestión no es baladí, por cuanto esas aptitudes previas, esos méritos que hacían a unos individuos sobresalientes del resto, no suelen ser descritos ni tomados en cuenta en unos relatos como los que griegos y latinos nos han legado, en los que por encima de todo primaba la fuerza narrativa de los sucesos. Los autores clásicos trataban a los personajes en función de su protagonismo, de modo que de los líderes se enumeraban las virtudes de las que alardeaban en el oficio, y sus biografías anteriores se completaban adjudicándole los méritos que, en la sociedad romana, serían necesarios para alcanzar ese destino posterior. El relato debía ser una secuencia lógica a los ojos de unos lectores que lo entendían sólo desde sus efectos didácticos y moralizantes. Así, Vercingetóriges era el caudillo de los arvernos, y luego, de todos los galos, por su valor, su fuerza y su capacidad de liderazgo, lo que encajaba con la nobleza del linaje al que pertenecía, siendo su padre Celtilo el más respetado de todos los galos<sup>7</sup>.

El candidato a líder en la sociedad primitiva es alguien que habla en nombre de su comunidad, es un intermediario entre el pueblo al que representa y sus vecinos, o entre estos vecinos y cualquier otro pueblo con el que se relacione. De modo que el aspirante a jefe debe tener talento diplomático, ser conciliador y mostrar habilidad para configurar y conservar una red de alianzas y relaciones con otros pueblos, que proporcionen seguridad y fuerza a los suyos. Debe ser alguien que se esfuerce en buscar la paz, la negociación, pero si ésta falla, debe tener el coraje y el valor nece-

---

<sup>6</sup> A modo de muestra, *reges y basileis*, Pol. II.21.1; 5; 22.2; XXV.14.6; Livio, V.34.2; XLIII.5. 1; 8; XLIV.14.1; per. 61; Caes. BG V. 25.1; 54.2; VII.31.5; 46.5, o incluso se constituyen nombres propios, como Catamandus, "el que dirige la batalla", Just. XLIV.5; *hegemones y estrategas*, Pol. II.26.4; 35.1; III.76.7; *reguli y basiliskoi*, Pol. III. 4.5; Livio XXVIII.15.15; XXXII.26.4; XXXIV.11.2; 46.4; XXXVIII.19.2; XL.49.5; *duces* y fómulas en perífrasis, Pol. II.17.5; 35.1; III.76.7; Caes. BG I.37.3; II.23.4; III.17.2; 22.1; V.41.1; VI.31.5; VII.3.1; 57.3; 62.5; 66.2; 88.4; VIII.26.2; 6.2; Livio, V.35.1; XXXIII.44.4; per. 107; Tac. Ann. XI.18/19; Agr. XXIX.4; Sil. Ital. 153/156; Ap. Iber. 45; 50; 93. Vid. R. López Domez, Sobre reyes, reyezuelos y caudillos en la Protohistoria hispana, *Homenaje a Marcelo Vigil, Studia Historica* IV/V.1, Salamanca 1986/1987, 2425/252. En relación al *status* ya Sir Henry Maine subrayó hace más de un siglo que tal posición determinaba el modelo de relación social, pues según sea uno u otro el *status* así serán las obligaciones de cada uno de los grupos de parentesco, Henry Maine, *Ancient Law*, London, 1861, recogido en J.R. Llobera, ed., *Antropología política*, Barcelona [1979] 1985, 9.

<sup>7</sup> Floro III.10; Str. IV.2.3. Caes. BG VII.4.1. Vid. Sean B. Dunham, Caesar's Perception of Gallic Social Structures, *Celtic Chieftdom, Celtic State. The Evolution of Complex Social Systems in Prehistoric Europe*, B. Arnold & D. Blair Gibson, eds., Cambridge University Press 1995, 110/115; C.E. Smith, The "*bellum gallicum*" as a work of propaganda, *Latomus* 11.3, 1952, 166-179; J. Harmand, Une composante scientifique du *corpus caesarianum*: le portrait de la gaule dans le *de bello gallico*, ANRW I.3, 1973, 523/595; A. Duval, Celtic Society in the First Century B.C., S. Moscatti et alii, eds., *The Celts*, New York 1991, 485-490; N. Roymans, *Tribal Societies in Northern Gaul: an Anthropological Perspective*, Amsterdam 1990; idem, *Ethnic Identity and Imperial Power: the Batavians in the Early Roman Empire*, Amsterdam University Press 2004.

sarios para conducir a su pueblo con éxito a la guerra, si ese fuese el camino que finalmente se eligiera. Se trata por tanto de un dirigente único, que concentra como candidato idóneo las habilidades básicas que cualquier grupo demanda de aquellos a los que elige, esto es, capacidad para resolver todos los conflictos, tanto internos como externos, en los que la comunidad pudiera verse envuelta<sup>8</sup>.

En la sociedad celta no era frecuente hallar tal concentración de habilidades en una sola persona, por encima de lo que nos sugiere los términos empleados en cada caso. Los textos utilizan diferentes términos para hablar de jefes de paz y de generales para dirigir la guerra, y este reparto de funciones está presente en la mayoría de los casos observados, lo que no es óbice para que en ocasiones extraordinarias todo el poder se concentre en un sólo individuo. Además de los líderes que reúnen habilidades tan dispares como la conciliación y la guerra, la sociedad primitiva también constata la existencia de esta otra clase de líderes, aquella en la que el poder es desempeñado por más de un individuo, uno de los cuales asumirá la actividad militar como función especializada<sup>9</sup>.

El líder único es aquel cuya comunidad le reconoce más habilidades que a cualquier otro candidato, y se convierte por tanto en el individuo más influyente y con más posibilidades de ser promovido al *status* de jefe. El grado de poder a recibir es determinado tanto por los cometidos a los que habrá de enfrentarse como por la valoración que los suyos hagan de su destreza y eficacia, en definitiva, por la sanción positiva que reciba el conjunto de sus cualidades. Cuando se entendía que la valía de las mismas excedía de lo cotidiano, en el mundo griego se empezaba a hablar de carisma, término que justificaba lo insólito como obra de la intervención de los dioses. De manera que jefes carismáticos eran todos aquellos de los que se predicaba valores excepcionales. Para los escritores greco-romanos líderes carismáticos fueron los britanos Casivelauno y Carataco, el arverno Vercingetórige, el lusitano Viriato y el germano Arminio, entre otros, siendo extensa la nómina de estos individuos para otros ámbitos étnicos, pues era propio de aquellos articular las narraciones en las biografías, reales o ficticias, de los grandes hombres de cada pueblo y cada época. Para tiempos modernos el etnógrafo también encuentra personajes que se describen con las características y cualidades de aquellos, como por ejemplo vemos en la biografía del Jefe Powhatan. A principios del siglo XVII el poder de este Jefe tribal de los indios del Nordeste de Norteamérica se extendía sobre más de treinta cacicatos, en la parte oriental del estado de Virginia, a los que con el apoyo de un elenco de sacerdotes y consejeros, se había impuesto por las armas. Powhatan, de indudable carisma entre los suyos, mantenía vinculados al poder a sus hijos y hermanos, a los que delegaba funciones, él mismo establecía nexos con otras tribus mediante matrimo-

---

<sup>8</sup> P. Clastres, La cuestión del poder en las sociedades primitivas, *Investigaciones en Antropología Política*, [París 1980] México 1987, 13; el jefe ideal es ante todo un pacificador, debe ser ajeno a cualquier clase de violencia, R. H. Lowie, Algunos aspectos de la organización política de los aborígenes africanos, J. R. Llobera, ed., *Antropología política*, Barcelona [1979] 1985, 116/118. Casos como los de Nameyo y Veruclecio, dos nobles helvecios, que actuaban como embajadores ante César, Caes. *BG* 1.7.3, son muy frecuentes en los textos.

<sup>9</sup> Str. IV.4.3, Caes, *BG* VI.23.4, Tac. *Germ.* VII.1.

nios, y beneficiaba con privilegios económicos, rentas y monopolios, a la elite de su clase dirigente. Se asemejaba Powhatan al eduo Dumnórige, pero diecisiete siglos después y en el Nuevo Mundo<sup>10</sup>.

Frente a los líderes carismáticos, más frecuente era que al tiempo que variaban las aptitudes requeridas para resolver los asuntos civiles y la guerra, variaran los jefes según las situaciones que se iban presentando. Según Tácito los celtas elegían jefes para que despacharan los asuntos civiles, atendiendo a su nobleza, *reges ex nobilitate*, y caudillos, en función de su valor, *duces ex virtute*, para llevar al pueblo a la guerra. El pueblo era quien elegía, según Estrabón - el *plezos* griego -, reunido en asamblea, con una periodicidad anual, y al caudillo electo se le daba poder de vida y muerte, según César, aunque en realidad tal potestad igualmente la tenían todos los galos con sus mujeres e hijos y, por supuesto, los druidas, éstos en relación a todos los ciudadanos<sup>11</sup>.

Entre los kazacos, pueblo nómada de las estepas de Asia Central, los antiguos jefes electivos o kanes, hoy ya sustituidos por los jefes de clanes y subclanes, carecían de autoridad para lograr la obediencia permanente de sus súbditos. Sólo en tiempos de guerra, cuando había perspectiva de botín o necesidad de defensa ante una agresión, se les reconocía el poder necesario para mantener unida a su gente. Cuando estas ventajas materiales y oportunistas desaparecían, de nuevo se les retiraba el apoyo y el pueblo volvía a su vida nómada, ácrata e independiente. Un nuevo peligro exterior daba lugar a un nuevo apiñamiento en torno al líder ocasional, de modo que el poder de estos asiáticos primitivos estaba siempre en un permanente estado de flujo y reflujo, con realineamientos frecuentes y cortesías variables. Entre los aborígenes de la Isla de Tasmania, al sureste de Australia, se reconocía una vaga autoridad a ciertos individuos por su valor, fuerza y proezas, lo que sólo llegaba a hacerse efectivo en caso de guerra. En algunas tribus indias de Norteamérica el poder se distribuía entre Jefes de Paz y Jefes de Guerra, como entre los clanes de los indios hurones de la región de los Grandes Lagos, entre Estados Unidos y Canadá, donde había un jefe civil y un jefe militar, *status* a los que se podía acceder unas veces por herencia, y las más de las ocasiones, por elección, según se juzgase la capacidad demostrada. Estos jefes gozaban de gran reputación, tenían aptitudes de mando, experiencia reconocida en el combate - todo el pueblo conocían sus hazañas en el combate - y la capacidad para persuadir y unir tras de sí a todos en la seguridad de la victoria<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> El líder carismático es por definición, singular, se eleva en tiempos de crisis, en los que la seguridad del pueblo está seriamente amenazada, y su definida personalidad le rodea rápidamente de una gran cantidad de seguidores entusiastas. Son líderes casi autoimpuestos, que se creen portadores de cualidades extraordinarias, como los profetas, los héroes militares, algunos políticos y los fundadores de religiones universales, pero el fracaso es su ruina. P.K. Bock, *Introducción a la moderna antropología cultural*, Madrid [1969] 1977, 156; H. Gerth & C.W.Mills, eds., *From Max Weber: Essays in Sociology*, New York & Oxford University Press 1958, 52; E.R. Service, *Los cazadores*, [New Jersey 1973] Barcelona 1984, 67; S.S. Kasprycki, Nordeste, en *Culturas de los indios norteamericanos*, C.F.Feest, ed., Barcelona 2000, 124; vid. H. C. Rountree, *The Powhatan Indians of Virginia. Their Traditional Culture*, London 1989. Semblanza de Dumnórige, Caes. BG I.18.3/7. El Jefe Seattle, hijo de un noble suquamish, estuvo al frente de seis tribus del Noroeste de Norteamérica desde los veinticinco años hasta su muerte, acaecida en 1866, vid. David M. Buerge, *Chief Seattle: the Man, not the Myth*, Seattle Weekly, June 29, 1983, 24/28.

<sup>11</sup> Tac. *Germ.* VII.1; Str. IV.4.3; Caes. *BG.* VI.23.4; 19.3. E.R. Service, *op.cit.* 67.



No se elegían caudillos por su nobleza, sino por su capacidad de mando y pericia en guiar al pueblo a la guerra y traerlo de vuelta a patria con los beneficios de la victoria. De manera que la herencia, el parentesco, la nobleza y el linaje, las conexiones familiares, etc., no fueron valores determinantes entre galos y germanos a la hora de elegir a sus generales, por más que César y Tácito los señalen como presentes en las bases del poder de las elites. Pero son las elites de la sociedad romana. Para los romanos los jefes celtas gobiernan porque son nobles, pero en los mismos textos que nos informan las realidades son otras, sólo se habla de jefes que sobre todo son ricos, que gobiernan por esa pujanza, que les hace poderosos, les obliga a ser munífices, se muestran valientes, y como consecuencia de todo ello, se convierten en individuos influyentes y llenos de prestigio, y sobre todo, se ocupan de que todos lo sepan en cada momento. Donde el romano antepone parentesco, linaje, derechos de sangre y nobleza, valores que sólo se consolidan con el paso del tiempo, el celta habla de sus riquezas, del botín a capturar, de ganados, pieles, despojos, rehenes, proezas o victorias. Sobre estos enunciados emergían los individuos más influyentes, que alternándose en el mando a la imprevisible voluntad de la multitud, que es quien en realidad decide, no cada año sino cuando la situación lo requiriera, dirigían por tiempo indeterminado los destinos de sus comunidades.

A Galba, rey de los suessiones, se le confió la dirección de la guerra por su prudencia y sentido de la justicia, *prudencia iustitiaque*, lo que implica que ese cometido no era atribución indiscutible y asimilada al status de rey. Es más, el rey Galba debía escuchar muchas opiniones tan autorizadas como la suya antes de adoptar su decisión final. El caudillo Arminio fue elegido por los germanos para encabezar la revuelta del año 15 d.C., en opinión de Tácito por su audacia y disposición para el combate. Valor y fuerza, como aptitudes que justificaban el poder recibido, debían ser revalidadas y exhibidas por los jefes en cuantas ocasiones se le presentaran, siendo el combate singular, el desafío y el duelo a la vista de todos, frecuente modelo de expresión de esta particular potencia<sup>13</sup>.

El poder y la autoridad de estos caudillos no estaba delimitado con anterioridad, carecía de una definición previa y dependía de las circunstancias de cada candidato y de la situación en que se otorgaba. Los jefes acaparaban el poder y la autoridad que fuesen capaces de arrancar del pueblo que lo había elegido, en función de su habilidad para entusiasmar, su aptitud para enardecer los ánimos y la pericia para alimentar los sentimientos patrióticos en la empresa militar que se anunciaba. El poder por tanto era distinto, en función de la comunión del líder con sus paisanos, pudiendo alcanzar las cotas más elevadas, pero también hundirse en lo ínfimo, en el más absoluto fracaso ante el incumplimiento de las promesas realizadas. Entonces ese poder

<sup>12</sup> G.P. Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*, [New York 1934] México 1987, 19 y 127; E. Adamson & Th. Weaver, *Antropología y experiencia humana*, Barcelona 1985, 494; S.S. Kasprzycki, *op.cit.* 124; L. Gugel, *Praderas y llanuras, en Culturas de los indios norteamericanos*, C.F. Feest, ed., Barcelona 2000, 211.

<sup>13</sup> Diod. V.29.2/3; Su carácter salvaje y osadía les hace despreciar la muerte, dice Ap. *Gal.* I.3; Gargeno, rey de los boyos, y Ducario, de los insubres, fiero guerrero de aspecto salvaje, muertos en combate singular por C. Flamio, Sil. Ital. V.137; 645/655; Ap. *Samn.*3; *Gal.* 10; otros desafíos, Livio VI.42.5; V.Max. III.2.21.

y autoridad desaparecían con la misma rapidez con la que se había otorgado, y el destino de esos jefes pasaba de estar en la cima del reconocimiento general a bajarse a compartir la suerte que el destino deparara al último de los ciudadanos<sup>14</sup>.

### 3. ... Y LOS JEFES DE LA PAZ.

En la sociedad primitiva surgen a veces a ciertos personajes, diferentes a los caudillos citados, cuyo prestigio e influencia les eleva por encima de la muchedumbre en virtud de una autoridad que se les reconoce, unas veces de manera permanente, otras, para casos y situaciones concretas, pero siempre en relación al valor que se otorgue a sus consejos. A pesar de su pujanza estos individuos eran incapaces de imponer su voluntad al resto, carecían de cualquier fuerza coactiva ni se esforzaban en obtenerla, debían ser generosos y munificentes y por encima de otras calificaciones, eran apreciados cuando destacaban como pacificadores. Los antropólogos calificaron a estos individuos de jefes nominales, pues estaban desprovistos en realidad de poder en el sentido clásico, pero su presencia era frecuente en la jefatura primitiva.

Entre 1789 y 1829 el viajero John Tanner, que vivió entre los indios ojibwa del Lago Superior, frontera de Canadá y Estados Unidos de América, reconocía la existencia de varios jefes dentro de una misma tribu, y destacaba que ninguno de ellos podía distinguir autoridad alguna que fuera superior a la suya. Las tribus iroquesas del estado de Nueva York y del valle del río San Lorenzo, así como los indios hurones de la región de los Grandes Lagos, en aquellos mismos países, formaban un consejo de cincuenta *sachems* o jefes, cuyo poder se basaba en su influencia y capacidad para convencer a los demás, fuese su pueblo o el resto de sus colegas, con sus argumentos. En las praderas del centro y norte de Norteamérica, cada una de las once bandas que integraba al pueblo de los indios cheyennes estaba dirigida por cuatro cabecillas, que actuaban como portavoces de los suyos en el consejo de los cuarenta y cuatro jefes, durante un periodo de diez años. El liderazgo de cada uno de aquellos cuarenta y cuatro jefes era resultado de su energía, sabiduría, carácter equilibrado, valor, generosidad y altruismo, eran como los padres de todos los miembros de la tribu, y con tal nombre eran referidos en el seno de cada tribu. Finalmente, entre los aranda, pueblo del centro de Australia, el jefe no podía tomar decisión alguna sin consultar previamente con un consejo formado por los hombres de más prestigio y edad de todo el grupo, la misma obligación que ya vimos antes en el rey Galba, de los galos suessiones, y otros que ahora citamos.

En el poema de la Odisea el personaje regio que se nombra como Alcinoos, reconocía ser sólo uno más de los trece reyes que gobernaban a los feacios. El rey galo Eposógnato debía consultar su decisión de aceptar o no la propuesta de paz del cónsul Cn. Manlio Vulson, con los otros once reyes gálatas, y en el siglo IV d.C. la

---

<sup>14</sup> Pol. II.17.12, reyes nobles; Tac. *Ann.* I.57.1, *quanto quis audacia promptus, tanto magis fidus rebus-que motis potior habetur*; el rey Galba, Caes. *BG* II.4.7; III.3.1; M.H.Fried, *Aborígenes americanos*, *op.cit.* 121, sobre los jefes militares; R.H. Lowie, *op.cit.* 121

nación de los alamanes estaba regida por siete reyes emparentados, de los que dos, Conodomario y Serapio, tío y sobrino, parecían ser portavoces del resto. Conocida la proximidad del ejército romano de L. Emilio Papo, año 225, los jefes galos que acampaban en Etruria en su marcha hacia Roma, escuchan los consejos de Aneroesto, al que los textos citan como rey, que ante el inminente combate les sugería no arriesgar el botín que ya portaban y que, prudentemente, abandonarían la marcha regresando a sus tierras. "*En estas circunstancias la opinión de Aneroesto pareció útil*", escribe Polibio, y los galos levantaron el campamento<sup>15</sup>.

Estos sínodos o consejos de hombres influyentes, lejos de estar consolidados como órganos con poder, están muy supeditados a la opinión pública de sus respectivas comunidades, y aunque en las fuentes escritas son presentados como interlocutores autónomos entre celtas y romanos, en realidad su autoridad es precaria, sus miembros son meros portavoces, y la censura y el recelo de sus propios conciudadanos les acompaña y supervisa todas sus manifestaciones. En Roma la existencia de estos grupos influyentes era una realidad consolidada, pero en ellos una parte de esta influencia está institucionalizada y se manifiesta encauzada en órganos de discusión y consejo, como el senado, reflejo de los consilia privados. Pero otra parte de esa influencia se utiliza de forma privada, revertiendo claros beneficios en quienes la poseen. Son los *noti homines, viri primarii, potentes, regales, principes factionum o civitatum, optimates, nobiles, presbitatoi o maiores* de los textos greco-latinos, que reparten *praemia y beneficia* entre sus tribuli en los procesos electorales, reciben regalos de los embajadores que acuden en febrero a Roma a resolver conflictos, median litigios entre municipios vecinos, conforman tendencias de opinión en los órganos del poder y controlan el voto en los consejos. Todos los ciudadanos desean estar bajo su patrocinio, se busca estar al amparo del poderoso por la seguridad que su cercanía les ofrece<sup>16</sup>.

En líneas anteriores hemos aludido a la persuasión o capacidad para convencer al otro de los propios argumentos, como una de las habilidades que no sólo se espera de los jefes, sean civiles o militares, sino que dará o no continuidad al individuo en su liderazgo. No es necesario resaltar el valor del discurso y la oratoria en socieda-

<sup>15</sup> M.H. Fried, Algunos aspectos, *op.cit.* 116; P. Clastres, *op. cit.* 112; E. Adamson Hoebel & Th. Weaver, *Antropología y experiencia humana*, Barcelona 1985, 499; J. Tanner, *An Indian Captivity (1789-1822): John Tanner's Narrative of his Captivity among the Ottawa and Ojibwa Indians*, Sutro Branch, California State Library, Occ.Pap. reprint Service, n.2, San Francisco 1940, en R. H. Lowie, Algunos aspectos, *op. cit.* 114; S.S. Kasprzycki, *op.cit.* 124; J.B. Grinnell, *The Cheyennes Indians*, 2 vols., New Haven 1923; iroqueses en, Lewis H. Morgan, *Sociedad Primitiva*, [London 1877] Madrid 1975, 126-201; P.K. Bock, *op. cit.* 157; G. P. Murdock, *op.cit.* 49; *Odys.* VIII.390; *Pol.* XXI.37.2/3; , *Amm.* XVI.12.4; 23; 25/26; 34; 58; 65. *Ap. Illyr.* 22 encuentra digno de reseñar que los segestanos, pueblo que habitaba entre los yápodas y los dárdanos, no tuviesen ni mando, ni aamblea ni ejército únicos, sino tantos cuantos grupos formaban tal pueblo.

<sup>16</sup> *Cic. agr.* II.21; *Mur.* 72/73; *QF* III.1.1; II.11.2; II.12.3; *Scaur.* 27; *Att.* I.1.12; 2.1; IV.15.5; off.II.15; *Verr.* I.6.16; *Caes. BC* I.4.5; Yugurta repartía regalos entre sus amigos del senado, *Sal. Iug.* XIII.2; XVI.2; *Q.Cic. comm.* 16; 18; *Livio XLIII.* 16.14/16; XLV.20.10; *per.* 84; *Ps.Sal. ad Caes.* II.11.5/7.; *Zon.* VIII.4; *Pol.* II.26.5/7; para los historiadores romanos la historia de la Ciudad era en realidad la biografía de hombres influyentes, desde su fundador Rómulo, a Ap. Claudio el Ciego, C. Fabricio, Tib. Coruncanio, Manio Curión Dentato, M. Valerio Máximo, Camilo, Emilio Paulo, *Cic. Brut.* 54/55; *Plut. Ca.Ma.* 3, y, por supuesto, los héroes de la gloriosa familia de los Escipiones, entre otros de la amplia pléyades de hombres poderosos. El

des como la griega y la romana, pero entre los celtas el discurso debe captar un apoyo que, a diferencia de las sociedades citadas, debe renovarse día y día y no es otorgado para un tiempo determinado. Queremos decir que la jefatura, sea cual sea la índole de la misma, se inscribe en la incertidumbre y el precario, y su continuidad dependerá de la habilidad en mantener la confianza de la opinión pública y en consecuencia, el apoyo de los electores. En el contexto de la sociedad primitiva la opinión del jefe suele gozar de cierto prestigio y es atendida, en cuanto representa el punto de vista de toda la comunidad. Era el caso del galo Anerosto, que acabamos de citar. La comunidad apoya al jefe si su opinión es coincidente, o en caso contrario, si es suficientemente astuto y persuasivo como para remover las opiniones adversas de esta mayoría y llevarlas hacia sus propias posiciones<sup>17</sup>.

En aquellas sociedades donde los litigios se resuelven sin violencia, se ritualizan ciertas actuaciones que simbolizan los enfrentamientos cruentos. Se trata de duelos en los que ofensor y ofendido exponen sus razones y argumentos mediante fórmulas de confrontación sin violencia, o de violencia controlada. Se intercambian canciones o se lanzan venablos sin intención letal, durante el tiempo que la comunidad que asiste como espectador al duelo necesita para, a la vista de las intervenciones de uno y otro, formarse una opinión sobre ambos litigantes. Finalmente, los asistentes, que representan a toda la comunidad, manifiestan con voces, abucheos o aclamaciones su apoyo y simpatías a uno de los contendientes. Aquel que se mostró más diestro en el manejo del arma o más convincente y jocoso en su dialéctica de jaculatorias o en su producción de canciones, será el litigante que obtenga el respaldo y la sanción de la opinión pública, será un ganador con independencia de la legitimidad que cualquier observador ajeno al contexto pudiera establecer sobre sus argumentos y razones<sup>18</sup>.

No podemos continuar sin aludir al líder persuasivo y convincente por excelencia, al jefe astuto que en las más dispares situaciones fue modelo de versatilidad y sabiduría acomodaticia. Ulises u Odyseo es el *homo faber*, carpintero, segador, albañil o piloto, la inteligencia práctica y la voluntad de dar respuesta, fabricar ingenios

---

poder de estos líderes es siempre inversamente proporcional al poder de los consejos de los que emergen, hasta el punto de dar la impresión de ser víctimas no deseadas de esa maraña de consejeros a los que debe consultar para decidir, como resaltaba E. Adamson Hoebel & Th. Weaver, *Antropología y experiencia humana*, Barcelona 1985, 496, lo que resulta a nuestro juicio, una falsa percepción del antropólogo de este poder como algo autónomo y efectivo, que de no existir tal red de consejeros, podría ejercerse sin trámite, con toda rotundidad. En realidad ni tal poder existe en el individuo, ni siquiera en el consejo que aparentemente le capacita o representa.

<sup>17</sup> P. Clastrés, *op.cit.* 114; E.R. Service, *op. cit.* 68; P.K. Bock, *op.cit.* 154. El Gran Jefe de los indios atabascanos del Noroeste de Norteamérica, es consejero, coordinador, prudente, conocedor de la opinión pública, y sobre todo, con capacidad para convencer a los demás con sus argumentos o, si no lo consigue, cambiar su opinión y sumarse a la mayoría, J.H. MacNeish, *Leadership among the Northern Athabascans*, *Anthropologica* 2, 1956, 151.

<sup>18</sup> Se trata de los duelos de canciones, entre los esquimales, y los duelo de venablos, entre aborígenes australianos, E.R. Service, *op.cit.* 72; C.M.W. Hart & A.R. Pilling, *The Tiwi of North Australia. Case Studies in Cultural Anthropology*, New York 1960, 80/83. Vid. G. Lepointe, *L'occantatio de la loi des XII Tables d'après Saint Augustin et Cicéron*, *RIDA* 2, 1995, 287/302; J. Muñiz Coello, Roma, los quirites y la liturgia de los conflictos, *Jura*. 55, (2004-2005) 2008, 93-109.

o urdir trampas y cualquier recurso para salvar los obstáculos que los dioses o sus propios enemigos ponen en su camino. Pero Ulises también es el jefe persuasor, capaz con su verbo fluido y afectado de trocar una decisión ya tomada, como la de los aqueos de Agamenón de embarcar y dejar el sitio de Troya. Ante las palabras llenas de sosiego y prudencia del viejo Tersites, el laertida no duda en usar contra el anciano - *el hombre más feo que llegó a Troya* - de todos los recursos oratorios, aún los más bajos, y le descalifica, le ridiculiza y aún golpea, con ruidosa aprobación de los aqueos allí reunidos, la asamblea armada, ahora ya dispuestos a seguir el consejo de ese jefe artero, hasta el mismo pie de las murallas de Príamo. Y como el jefe Ulises, los líderes galos hacen propuestas y son capaces de convencer a la asamblea de la validez de sus argumentos, aunque en no pocas ocasiones sus sugerencias sean rechazadas. Son suficientemente persuasivos como para reunir una tropa de guerreros de entre los fugitivos y marginados, con la promesa de liberalidades y favores, o de persuadir al pueblo de la necesidad de imponer la sanción más grave contra aquel que hasta ayer había disfrutado de aprecio y reconocimiento de cuantos ahora reclaman y apremian su captura<sup>19</sup>.

Para las fuentes literarias, el poder civil entre los celtas se presenta menos definido que el militar, más difuminado e impreciso, lo que favorecía la opción de explicarlo o reconstruirlo desde las propias experiencias. Los autores clásicos no distinguen en la comunidad celta una autoridad civil individual que pueda homologarse en sus funciones a cualquiera de los modelos de sus respectivas sociedades. Las decisiones eran tomadas por grupos de ciudadanos con vínculos en común, el prestigio que la comunidad les reconocía, y la experiencia y sabiduría fruto de la edad, factores que no necesariamente marchaban juntos, aunque ello era lo frecuente. En efecto, todas las sociedades, las primitivas y las ya desaparecidas, como la celta, otorgan a sus ancianos una autoridad y reconocimiento que los sitúa por encima del resto, en virtud de su mayor experiencia y sabiduría, en razón de los años. Por ello es frecuente que muchas comunidades confíen la jefatura al mas viejo o experimentado del grupo, cuyos consejos serán escuchados en los conflictos que se originen, sin que implique ningún tipo de obligación u obediencia. Pero es un poder civil acéfalo, falsamente individualizado a veces, del que esa élite minoritaria asume competencias, aunque en precario e intervenido, un poder que recuerda una "anarquía ordenada",

---

<sup>19</sup> *Iliada*, I.211/277, se amenaza a Tersites con despojarle del vestido, lo que me recuerda a Str.IV.4.3, donde se castigaba con deteriorar el sagum, cortándole un trozo, al que no guardaba silencio en la asamblea. Dar un sagum era inequívoca muestra de amistad, Livio, *per.*53; V.Max. III.2.21, como se indica en el gesto del vencedor de un duelo para con el vencido, por lo que romperlo indicaba justamente lo contrario; Homero. *La Iliada*, trad. L. Segalá Estalella, Barcelona 1971, 22. Sertorio se atrae a los indígenas más poderosos con su afabilidad, y a la masa, con la promesa de suprimir los tributos, Plut. *Sert.* 6; propuesta rechazada del arverno Critoniato a los sitiados de Alesia, de alimentarse de los cadáveres de los más viejos, en caso de faltarles comida, Caes. *BG* VII.77.3; 78.2; proponerse como *dux* a la asamblea, Caes. *BG* VI.23.7/8; el senón Drapes y el cadurco Lucterio forman un séquito de este tipo, Caes. *BG* VIII.30.1, e igualmente el trévero Induciomaro, Caes. *BG* V.55.3/4, que además logra que el pueblo declare enemigo de la patria a su yerno Cingetórige, V.56.3, el arverno Vercingetórige, promete riquezas y territorios, Caes. *BG* VII.4.1/3; VII.31.1; 6; Dio Cass.XL.33.1; el vergobreto Convictolitavis pone a la multitud en contra de los romanos y ésta expulsa de Gergovia a todos los romanos que allí comerciaban, Caes. *BG* VII.42.5.

calificativo que el etnógrafo de los Nuer del nordeste de África daba al modelo de liderazgo en esa sociedad, y que choca con las expectativas de un observador clásico como Tácito, cuando al hablar de los britones añoraba el tiempo en que éstos obedecían a los reges, mientras que ahora eran arrastrados por las ambiciones partidistas de las facciones<sup>20</sup>.

Cuando los habitantes de Cauca, de la gens vaccea, en la meseta ibérica peninsular, piden la paz al procónsul Lúculo, lo hacen a través de los más ancianos, y es el más anciano de Segeda, un tal Kakyros, del *genos* de los belos, quien responde a las amenazas del cónsul Claudio Marcelo, a mediados del siglo II a.C. Los maiores de Bratuspancio, *oppidum* de los belóvacos, a los que luego se unieron mujeres y niños, piden con los brazos extendidos la paz a César, e igualmente son ancianos los que proponen a su pueblo, el de los nervios, la conveniencia de conseguir aquella mediante un tratado, ancianos a los que a veces los textos nombran colectivamente como senado<sup>21</sup>.

#### 4. LA RIQUEZA, LA GUERRA ...

Junto al valor, la edad y la *facundia* mencionada en Tácito, los aspirantes a la jefatura celta debían reunir valores como la riqueza, las candidaturas debían venir respaldadas con la mayor posesión de bienes de que fueran capaces, pues de los futuros jefes se esperaba que fueran muy ricos, y además que todos lo supieran, no sólo mediante ostentación de esa riqueza sino a través de la munificencia y una generosidad hasta el despilfarro. El pueblo deseaba bienes materiales, solía identificar como propiedad privada aquellas cosas que eran hechas, usadas y consumidas individualmente, y confiaba el poder y el mando a quienes se los ofreciera, pues no había reconocimiento ni prestigio sin provisión de bienes.

Por medio de la riqueza los líderes devolvían a la sociedad el beneficio de gloria y reputación que obtenían en el desempeño de su oficio. Los candidatos a la jefatura conseguían estos bienes materiales - despojos, ganados, armas, botín - y los repartían primero entre sus seguidores, y virtualmente después, entre el resto del pueblo, si éste les había confiado el mando, y con él, la posibilidad de desplegar su generosidad y hacer ostentación de su potencia económica. En este sentido, la riqueza no era tanto un valor en sí mismo como un instrumento, un medio para llegar a otros valores más deseados. Por su parte, los romanos - los autores de los textos - aunaban en sus *mores* todos los valores abstractos y materiales, a modo de código ético pre-

<sup>20</sup> E.R. Service, *op.cit.* 33 y 65; P.K. Bock, *Introducción a la moderna Antropología Cultural*, Madrid [1969] 1977, 157. Entre los nandi, pueblo ganadero y nómada del Nilo, nadie habla en la asamblea hasta que los ancianos les ceden la palabra, G.W.B.Huntingford, *The Nandi*, Nairobi 1944, 6; Caes. *BG* VI.11.3; 23.5; Tac. *Germ.* XI.1; *agr.* XII.1/2, tan distinto a Cic. *Sest.* 21, "la nobleza, siempre objeto de admiración y respeto para todos, pues los hombres dignos son beneficiosos para la ciudad, vivos o incluso con la perpetuación de su memoria una vez muertos"; E.E. Evans-Pritchard, *The Nuer*, London & Oxford University Press 1940, 5/6; J. Middleton y D. Tait, *Tribes without rulers*, London 1958. Entre los pueblos del Norte peninsular, era costumbre dar presidencia a los de más edad y categoría social, Str.III.3.7.

<sup>21</sup> Ap. *Iber.* 52; Diod. XXXI.39; Caes. *BG* II.13.2/3; II.28.1; Livio, XXXV.40.3, el senado de los *boii*.

ceptivo para una determinada clase social, aquella que era paradigma de comportamiento para el resto. No parece que entre los celtas hubiese cuajado un ideario de tal mezcla, como prueba la frágil consistencia de este sector de los poderosos frente al resto, la confrontación interna constante y el cuestionamiento habitual de sus cometidos por una comunidad de la que aún no es modelo, síntomas típicos de los que adolecen los segmentos sociales aún no consolidados<sup>22</sup>.

A fines del siglo III a.C. los valores de un noble romano diferían poco de los que se sustentaban siglo y medio después en esa misma sociedad. En el elogio fúnebre del dos veces dictador, L. Cecilio Metelo, muerto en el 211, decía su hijo Quinto que aquel había logrado las diez metas de su vida: ser un guerrero de primera clase, un orador supremo, un jefe valiente, haber dirigido operaciones importantes, disfrutar de los máximos honores, de la mayor sabiduría, ser el senador más prestigioso, haber obtenido mucha riqueza por medios honorables, dejar muchos hijos y, finalmente, alcanzar la distinción más alta de la Ciudad. Para un senador de siglo y medio después, finales de la República, esos valores eran el *otium cum dignitate*, la *religio*, los *auspicia*, los *imperia*, la *auctoritas*, las *leges*, los *iudicia*, la *iurisdictio*, la *fides*, las *provinciae*, los *officia*, la *familia* y los *triumpha*, unos u otros, o todos ellos, en función de las circunstancias de cada momento<sup>23</sup>.

Durante la revuelta de Arminio, año 15 d.C., un guerrero germano que conocía el latín se acercó a la empalizada del campamento romano y en nombre de su caudillo, prometió a cuantos legionarios se pasasen a su bando, mujeres, tierras y 100 sesteracios diarios, mientras durase la contienda. En el desfile triunfal de Claudio sobre Britania, año 50, iba el caudillo Carataco con sus clientes y los mejores trofeos. Al final de un discurso que el britano pronunció ante los romanos, para los cuales era un héroe famoso, el celta hablaba de logros materiales muy parecidos a los citados en el elogio fúnebre del dictador Lucio Metelo. Caballos, hombres, armas y recursos. En efecto, entre los celtas la guerra suponía una fuente directa de captación de riqueza, ya fuera por la vía del bandidaje o derivada de la mera confrontación armada. La guerra era una actividad regular y estable, perfectamente adaptada a los intereses de todo el grupo, de jefes y guerreros, o lo que es lo mismo, los intereses de todo el pueblo. Formaba parte de un modo de vida bien arraigado, un verdadero agente de cohesión social, cuyos valores eran exhibidos por quienes aspiraban a liderar a sus paisanos en armas.

En Hispania la provincia Citerior era considerada tierra de hombres apasionados por la guerra, siempre que mediara paga o botín, y el logro de tales objetivos explicaba las extrañas alianzas entre comunidades frecuentemente enfrentadas, como celtas, púnicos, tartesios e iberos, que los textos documentan en los casos de Indortas e

<sup>22</sup> *Germ.* XI.5; P. Clastrés, *op.cit.* 147. La bibliografía sobre los mores es extensa. A título de muestra, vid. H. Roloff, *Maiores bei Cicero*, diss. Göttingen 1938, 132 pp.; B. Linke & M. Stemmler, *Mos maiorum. Untersuchungen zu den Formen der Identitätsstiftung und Stabilisierung in der römischen Republik*, Stuttgart 2000; F. Pina Polo, *Die nützliche Erinnerung: Geschichtsschreibung, mos maiorum und die römische Identität*, Historia 53.2, 2004, 147/172.

<sup>23</sup> Plin. *NH* VII.43.139/140; Cic. *Sest.* 98; 105; *QF* III.3.; *Rab. Post.* 16/17; Clu. 11. *rep.* III.13.23.

Istolacios, o de Menicapto y Vismaro. Celtíberos, cántabros, lacetanos e ilergetas robaban los ganados y asolaban habitualmente los campos de sus vecinos, las caravanas de aprovisionamiento que se dirigían a los campamentos romanos eran un básico medio de subsistencia de atrébatos y belóvacos, en Galia, y de los de Astapa, en la provincia Ulterior. Numantinos y termestinos debían entregar a Roma como precio de la paz rehenes, saga, pieles y caballos, muy parecido a los bienes que el cartaginés Aníbal ofrecía a los prisioneros galos que aceptasen batirse en duelo, y con adornos de oro y plata, armas ecuestres y un caballo enjaezado premiaba Roma la colaboración del rey galo Balanos<sup>24</sup>.

Pero más preciados que los objetos citados, era la familia, mujeres e hijos que venían a completar la relación de bienes que daban sentido a la vida de los celtas. Cuando el pueblo celta va a la guerra pone a resguardo sus bienes, incluidas las familias, y si la victoria se presenta incierta y se asume que en mayor o menor plazo, todo estará perdido, entonces personas y bienes son destruidos. Tal conducta se manifiesta no sólo entre los celtas sino en otros pueblos del ámbito indoeuropeo. Los nervios y sus aliados, a la espera de entrar en combate con César, habían concentrado a sus mujeres, ancianos y niños en un lugar de acceso difícil a causa de los pantanos, y los once reyes galos que rechazaron la propuesta de paz que les hacía el cónsul Cneo Manlio, a principios del s.II a.C., reunieron las riquezas, sus mujeres e hijos en el Monte Olimpo, como lugar seguro, y se aprestaron a la lucha. Finalmente, los suebos después de ocultar en las selvas a sus mujeres, hijos y riquezas, se disponían al combate. En el levante peninsular, perdida toda esperanza de evitar el asalto final de Aníbal a la ciudad, los ciudadanos principales de Sagunto deciden amontonar en el centro de la plaza todo el oro y plata pública y privada, y tras hacer con ello una hoguera, se arrojaron a la misma. Igual suerte decidieron apenas una docena de años después los de Astapa, en la Ulterior, sitiada por el legado Lucio Marcio, cuando formaron una pira con sus cosas más valiosas, *preciosissima rerum suarum*, entre las que se contaban sus mujeres e hijos. Tal fue el proceder de los de Janto, Licia, año 42, cuando Marco Bruto les sitiaba, de los numantinos, año 133, por orden de uno de sus líderes, Retógenes, y de los galos que atacados por Q. Marcio Rege en el 118 a.C., al comprender la inutilidad de sus esfuerzos, se arrojaron a las llamas tras haber eliminado a sus familias<sup>25</sup>.

Sorprenden las analogías detectadas entre pueblos tan distantes en tiempo y lugar como el celta y el samoano, aborigen del archipiélago de Samoa, en el Pacífico Occidental, en relación a la concepción del poder y la guerra. El etnógrafo de aquellos isleños describía su comportamiento cuando entraban en guerra con sus vecinos.

<sup>24</sup> Tac. *Ann.* II.13.2; XII.33; 35; 36; 36.1/3; 37; Livio XXIII.49.12; XXIV.42.7/8; XXVIII.32.9; XXXVIII.35.10; XXVIII.22.3/4; XLIV.14.1/3; Diod. XXV.10.1; XXXIII.16.1; Caes. *BG* VIII.47.1/2; Pol. III.62.5/6; Orosio VI.21.3; Floro II.33.47; M. Harris, *Antropología cultural*, [1983] Madrid 1994, 335; la propia viabilidad de la guerra como fuente regular de ingresos regulares presupone sociedades con suficientes bienes como para suscitar envidias, bienes de tipo ganado, armas, metales, pieles, saga o caballos, E.R. Service, *op.cit.* 75, lo que concuerda con el modelo celta.

<sup>25</sup> Caes. *BG* II.16.5; 28.1/3; Pol. XXI.37.8/9; Caes. *BG* IV.19.2; Livio XXI.13.6/7; 14.1; XXVIII.22.6; Ap. *Iber.* 33; *BC* IV.180; V. Max. III.2, ext.7; Orosio V.7.16; 18; V.14.5. A. Pellentier, Sagonte, Iiturgi, Astapa,



Antes de iniciar las hostilidades, bienes muebles, ancianos, mujeres y niños eran llevados a una fortaleza o a lugares neutrales, aunque a veces las mujeres marchaban con sus maridos, para curarlos en caso de heridas o llevarles las armas. Los guerreros iban al combate engalanados con sus mejores vestidos y adornos, cada uno bajo la dirección de su líder, si eran varias las bandas que concurrían, aunque era posible que alguna autoridad superior, probablemente colectiva, dirigiera todas las operaciones. Finalmente, el samoano se jactaba del honor de sus caídos y de la gloria que comportaba al guerrero su muerte en combate, algo que igualmente encontramos entre los indios de las llanuras y praderas norteamericanas, y que refuerza el papel de la guerra como la vía adecuada por la que el honor y la honra llega al individuo. Como entre los galos, entre los samoanos era de gran mérito cortar y conservar la cabeza del enemigo<sup>26</sup>.

En la sociedad primitiva, los *status* redistributivos centrales aparecen asociados a bullicio, plumaje y otros adornos que acompañan a las jefaturas, cuyos titulares se sientan en banquetes, tienen grandes casas y son consultados por sus vecinos, señala el antropólogo. A ello volveremos más adelante. En las Galias de César, mediados el siglo I a.C., Ambiórige, rey de los eburones, tenía carros y caballos, vivía en una casa rodeada de bosque, en medio de sus familiares y amigos, y mantenía tratos con sus vecinos los menapios, con los germanos y con los tréveros. El celta Bituito, rey de los alóbroges, marchaban espléndidamente adornado, escoltados por perros y lanceros engalanados, y era costumbre generalizada entre los poderosos el marchar a la guerra auxiliados por hombres libres, escogidos de entre los más pobres, que oficiaban como escuderos. Viridomaro, de los gésatos o de los belgas según la fuente, sobresalía entre la multitud por su estatura y por la policroma armadura que llevaba, refulgente de oro y plata, como un rayo de luz entre las nubes. El jefe Crixo, de los boyos, exhibía oro en el escudo, en el collar, en los bordados de su vestido, el crestón o penacho y en los puños ribeteados. Un bárbaro de armadura resplandeciente

---

trois destines tragiques vus de Rome, *MCV* 23, 1987, 107/124. Desde el lado enemigo, tal final se justifica por el deseo de escatimar el botín, sin valorar en el significado para el celta de la pérdida de la libertad y el fracaso vital que supone para el guerrero una muerte sin honor y ajena a la lucha. Según Caes. *BG* VI.16.3, los galos creían en la validez del sacrificio de una vida para salvar otra, como fórmula de compensación que aplacaba la ira de los dioses, lo que nos lleva al caso de Sagunto, o del derrotado Vercingetórige y sus oficiales, que se ofrecen a los romanos para salvar a su pueblo, Caes. *BG* VII.89.2/4. El suicidio era mejor destino que una muerte sin honor, lo que para el guerrero era fuera del combate, lo que explica la ferocidad sin sentido que los romanos describen en algunos de aquellos guerreros, como el caudillo Laro, de Sil. Ital. pun. XVI.46/60; Livio, XXVI.13.18/19; per.110; Pol. II.22.2; 31.1; Caes. *BG* VIII.36.5; Orosio V.7.15; VI.11.20/21; Ael. *nat.animal.* X.22; los de Metulo, capital de los yápodas, mueren en el fuego, Ap. *Illyr.* 21; cf. Ap. *Afr.* 131, Asdrúbal en Cartago; P. Ciprés, 89; M. Mauss, Sur un texte de Posidonius. Le suicide contreprestation suprême, *RC* 42, 1925, 324/329. Un sentido de la destrucción de bienes en las sociedades primitivas, en M. Mauss, Ensayo sobre los dones. Razón y forma de cambio en las sociedades primitivas, [*L'Année sociologique*, t.1, 1923/1924], *Sociología y Antropología*, Madrid 1991, 173; 201.

<sup>26</sup> G.P. Murdock, *op. cit.* 64/65; los paralelos con la simbología del combate celta son numerosos, Tac. *Germ.* VII.4, para el relato de gestas, Diod. V.9.5; 29.3; Tac. *Ann.* II.88.1/3; Germ. II.3/4; III.1; para las cabezas cortadas, Str.IV.4.5; L. Gugel, *Praderas y llanuras, en Culturas de los indios norteamericanos*, C.F. Feest, ed., Barcelona 2000, 211; G. López Monteagudo, Las "cabezas cortadas" en la Península Ibérica, *Gerión* 5, 1987, 245/252; el horror que esta costumbre produce en los romanos, T.S. Schmidt, *op. cit.* 38/40.

retaba a Escipión a combate singular, y según describen los textos la pira funeraria del caudillo lusitano Viriato consumió un cadáver ataviado con los vestidos más lujosos<sup>27</sup>.

La riqueza debe adquirirse si es posible a través de la acción bélica, y debe en parte atesorarse, porque la posesión permanente de cierto tipo de bienes, convierte a sus propietarios en hombres poderosos, es decir, en hombres honrados y temidos, antesala del prestigio y de futuras ventajas económicas. Pero la riqueza sobretudo debe manifestarse, se debe hacer ostentación de ella, pues el pueblo se identifica con la opulencia de sus líderes, debe reconocer a quien posee los bienes, a los propietarios de los recursos susceptibles de ser redistribuidos, ya sea a través del regalo o de la contraprestación, a cambio de servicios, de obediencia, sumisión, admiración, respeto y valimiento, anticipo esto de otros más amplios reconocimientos<sup>28</sup>.

Luerio, padre de Bituito, rey de los arvernos hacia el 121 a.C., mostraba su riqueza y generosidad, arrojando monedas de oro y plata desde su carro cuando en su marcha atravesaba la llanura, de forma que quienes le escoltaban pudieran recogerlas, y Ariamnes, un gálata igualmente muy rico, mantuvo a su costa a todos los gálatas durante un año, construyendo una red de recintos que se extendían por todo el país y que suministraban comida a todo el que se acercaba a ellos. Más allá del carácter anecdótico de tales noticias, para el investigador cobra relieve la normalidad que suponían entre los celtas esos repartos y consumos conspicuos y desmesurados<sup>29</sup>. En la sociedad primitiva de los *suiai*, aborígenes de las Islas Salomon, en el Pacífico Occidental, el *mumi* o Gran Proveedor revalida la admiración y fidelidad de los suyos con festines regulares cada vez más ostentosos y generosos. Entre los *tinklit*, los *haida* y los *kwakiutl*, tribus indias de la isla de Vancouver y los estados de Oregon y Washington, Noroeste de Norteamérica, a través del *potlatch*, término que significa alimentar, consumir, se destruían masivamente bienes y riquezas con el único objeto de asegurarse el mayor número de seguidores posibles, eclipsar al jefe rival y

---

<sup>27</sup> Caes. *BG* VI.5.4; VI.30.3; Dio Cass. XL.31.2; M.H. Fried, Sobre la evolución de la estratificación social y del estado, J.R. Llobera, ed., *Antropología política*, [Barcelona 1979] 1985, 139, Ap. *Gal.* 12; Diod. V.29.2; Prop. *eleg.* IV.10.41; Plut. *Marc.* VI.4; 7; Sil Ital. *pun.* IV.153/156; Diod. V.29.2; Ap. *Iber.* 53/54; 71; los escuderos, que consideran parásitos, Athen. *deipn.* IV.246D; los funerales galos, Caes. *BG* VI.19.4.

<sup>28</sup> "Sobre todo les gustan los regalos de los vecinos, que les son enviados no sólo individualmente sino a título oficial: caballos escogidos, excelentes armas, jaeces, o collares", Tac. *Germ.* XV.3. Los objetos que los héroes homéricos se intercambian y constituyen tesoro, eran caballos veloces, metales preciosos, esclavos especializados, joyas muy labradas y heredades, K. Polanyi, *El sustento del hombre*, [New York 1977] Barcelona 1994, 191 y 199. Era pertinente la reflexión que T.E. Cliffe Leslie se hacía en la introducción a la obra de Emile de Lavelaye, *Primitive Property*, London 1878, sobre que realmente lo que requería explicación no era la necesidad que algunos individuos manifestaban de poseer ciertas cosas, sino que el resto de los individuos, con deseos similares, no interfirieran en esa posesión y se conformen con una eventual participación.

<sup>29</sup> Str. IV.2.3; Athen. *deipn.* IV.152 D-E; 154C, seguimos con Posidonio, al que epitomiza Atheneo. Algunos celtas recaudaban oro, plata y jarras de vino de los que acudían al teatro, y luego decretaban que todo fuera distribuido como regalos entre sus parientes más queridos.

asegurar mediante este consumo conspicuo una jerarquía entre jefes y vasallos que, se suponía, traería beneficios para todos.

## 5. ... Y LA DISTRIBUCIÓN DE BIENES Y PROMESAS.

Dar y recibir cosas fue en toda época símbolo de relaciones amistosas, pero también una fórmula para establecer un circuito de intereses entre quienes daban y quienes recibían, configurando una deuda cuando la diferencia entre lo dado y lo recibido se juzgaba que no guardaba la proporción debida. Dar era signo de superioridad, de ser más, mientras que aceptar sin devolver o sin devolver más de lo que se recibía, suponía subordinarse, transformarse en cliente y servidor del que repartían los bienes. "*Mide con exactitud lo que tomas de tu vecino y devuélveselo en la misma medida e incluso más, si puedes, para que si alguna vez después te sientes necesitado, puedas acudir a él*", escribía Hesiodo en el siglo VII a.C., y en otro pasaje no menos sugerente, añadía, "*que sea el salario prometido a un amigo, y aún a tu hermano, el que se haya convenido, y que de ello exista un testigo, pues la confianza y la desconfianza arruinan igualmente a los hombres*", dos ideas que tienen que ver con el modo de entender el poder entre los celtas. La primera, la deuda como resultado del intercambio desigual, que puede vincular a individuos y comunidades enteras, y la segunda, la configuración de un marco de relaciones en el que no se contempla nada que no proporcione beneficio material. Analizamos ambas a continuación<sup>30</sup>.

Al estudiar la sociedad primitiva el antropólogo confirma que la redistribución de alimento aumenta la capacidad para atraer un séquito de guerreros, equiparlo y recompensarlo con el expolio de la batalla. Por su parte los textos griegos y latinos hablan de pugna y rivalidad entre los seguidores por conseguir el lugar más próximo al jefe, y el esfuerzo de éste por aglutinar al mayor número de ellos a su servicio, pues eran las comitivas un símbolo que medía el prestigio alcanzado por los jefes. El eduo Litávico acaudillaba un séquito de diez mil individuos, la misma cifra que sumaban juntos los seguidores de su compatriota Dumórige y el secuano Cástico. Adiatuano, de los sociates, decía contar con seiscientos *soldurii*, y el celtíbero Alucio podía alistar de manera inmediata a mil cuatrocientos guerreros de entre sus clientes.

Pero nexos y compromisos rebasaban el círculo personal y afectaban a ciudades y pueblos enteros, en la medida en que unas y otros estaban comprometidos con la suerte de sus líderes. El *oppidum* de Uxeloduno, de los cadurcos, gozaba del patrocinio y los favores de Lucterio, *homo summae audaciae* de ese mismo pueblo; ebu-

---

<sup>30</sup> E. R. Service, *op.cit.* 29; Hesiodo, *Los trabajos y los días*, 349/351. Transacción por excelencia, de objetos de prestigio, era el *kula*, en las islas Trobriand, del Pacífico, que limaba rivalidades y aumentaba el placer de dar y recibir entre los participantes, K. Polanyi, *op.cit.* 125; Antes de la llegada del gobierno colonial, prosigue el texto, los tejados de las casas de estos mumis o grandes redistribuidores, estaban llenos de los cráneos de sus enemigos, D. Oliver, *A Salomon Island Society: kinship and leadership among the siuai of Bouganville*, Harvard University Press 1955, 411; M. Harris, *Antropología cultural*, [1983] Madrid 1994, 332/333; Str. IV.2.3; M. Mauss, Ensayo sobre los dones, *op.cit.* 161; 255. Clásico es el potlatch entre los indios Kwakiutl, de aquella misma costa noroeste, vid. F. Boas, *Kwakiutl of Vancouver Island*, Leiden and New York 1909; H. Codere, *Fighting with Property*, Washington University Press 1950; *idem*, The Kwakiutl Society. Rank without Class, *American Anthropologist* 59, 1957, 473/486;

rones y condrusos se acogían a los tréveros, los carnutes lo hacían a los remos, los bitúriges a los eduos, y éstos, finalmente a los romanos que, como veremos, se sirvieron de estos usos para configurar un mapa geopolítico favorable a sus intereses<sup>31</sup>.

Este panorama de deudos y patronos no excluía otras relaciones en las que la contraprestación daba paso a la sumisión por las armas. Los vellavios estaban sub imperio de los arvernos, los eduos y secuanos lo estuvieron de los germanos, al menos cinco pueblos acudían a la llamada de los nervios, *qui imperium tenebant*, ubios, tencteros y usipetes eran tributarios de los suebos, y los eburones reconocían la autoridad de los atuatucos. En la Península Ibérica estos nexos de sumisión no eran privativos del mundo céltico y se citan en todos los ámbitos. Así, los turboletas eran tributarios de los de Sagunto, los suessetanos de los lacetanos, ausetanos y sedetanos de los ilergetas, y en la Meseta Norte, vetones, pelendones y titos obedecían a vacceos, arévacos y belos, respectivamente<sup>32</sup>.

La segunda noción, el marco de relaciones ajeno a la *fides*, respondió a una visión que convertía el poder político en secuela ordinaria de la supremacía económica, entendida ésta no sólo como atesoramiento y exhibición de bienes y riquezas, como supra dijimos, sino como redistribución ponderada de toda esa riqueza. Se trataba de un sistema económico que unos y otros, jefes y pueblo, asumían por el recíproco interés que generaba. En tales sociedades no hubo cabida para compromisos, pactos o acuerdos, si ellos interferían con los beneficios materiales reales o en expectativa. Alianzas y pactos adquirirían rango solemne entre los celtas, pero en la práctica estas alianzas y pactos, estas promesas sólo obligaban ocasionalmente, y el juramento de

<sup>31</sup> M. Harris, *op.cit.* 335; Tac. *Germ.* XIII.3; Pol. II.17.12; Caes. *BG* III.22.1; VII.37.1; 6/7; 40.7; VII.5.1; VIII.32.2; I.36.3; 31.7; IV.6.4; VI.4.5; VII.5.2; Livio XXV.34.6; XXVI.50.1/2; Dio Cass. XVI.43; Zon. IX.8; Athen. *deipn.* IV.249b. Escriben los etnógrafos que los pueblos sin estado constituyen grupos segmentados en los que cada segmento viene definido por el linaje del grupo. En cada segmento la violencia interna es intensa y se manifiesta en frecuentes luchas, que lejos de cuestionar la supervivencia del grupo, lo refuerzan, M. Fortes & E.E. Evans-Pritchard, *Sistemas políticos africanos, Antropología política*, E. Llobera, ed., Barcelona [1979] 1985, 99.

<sup>32</sup> Sometidos a los nervios estaban los ceutrones, grudios, levacos, pleumoxios y geidumnos, Caes. *BG* VII.75.2; V.39.1; I.36.3; 31.7; IV.3.4; 4.1; V.27.2; Livio XXVIII.24.3/4; 31.5/7; 39.7-13; XXIX.1.26; XXXIV.20.2/6; Plin. *NH* III.21; 26; Ap. Iber. 44. Los celtas de la Península Ibérica son objeto de una extensa bibliografía, que sería prolijo pretender aquí aportar. Pero no abundan los estudios sobre asuntos políticos, que suelen constituir magro epígrafe dentro de estudios sobre la sociedad; vid. F. Burillo, *Territorio, instituciones políticas y organización social*, F. Burillo et alii, *Celtíberos*, Zaragoza 1988, 179/188; P. Ciprés, *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*, Vitoria 1993; *idem*, Sobre la organización militar de los celtíberos: la iuventus, *Veleia* 7, 1990, 173/187; G. Fatás, Apuntes sobre la organización política de los celtíberos, *I Simposium sobre los Celtíberos*, (Daroca 1986) Zaragoza 1987, 9-18; F.J. Fernández Nieto, Una institución jurídica del mundo celtibérico, *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Valencia 1992, 381/384; M.P. García-Gelabert, La organización socio-política celtibérica a través de los textos clásicos y la arqueología, *II Symposium de arqueología soriana, (Soria 1989)*, t.1, Soria 1992, 659/670; ; F. Beltrán, Organización social e instituciones políticas, *Celtíberos. Tras la estela de Numancia. Catálogo de la Exposición*, 2005; L.A. García Moreno, Organización sociopolítica de los celtas en la Península Ibérica, *Los celtas: Hispania y Europa*, M. Almagro Gorbea, & D. Ruiz Zapatero, eds., Madrid 1993, 327/355; J. Muñiz Coello, Instituciones políticas celtas e ibéricas. Un análisis de las fuentes literarias, *Habis* 25, 1994, 91/106; *idem*, Monarquías y sistema de poder entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica, *Homenaje al Profesor Presedo*, Sevilla 1995, 283/296; *idem*, Guerra y paz en la España céltica. Clientes y *hospites* a la luz de las fuentes literarias, *HA* 19, 1995, 15/36.

ayer se volvía humo hoy si nuevos aliados sugerían mayores perspectivas de beneficios. Para los romanos tal actitud fue tan despreciable como incomprensible en la medida en que, instalada la veleidad como pauta de conducta, la incertidumbre condicionaba todas sus relaciones con súbditos y aliados. Ningún acuerdo era firme, cualquier tratado se modificaba, se rompía, o simplemente, se incumplía a la medida de los nuevos intereses de los celtas que los suscribían. Estos comportamientos explicaron las duras garantías y cautelas que unos y otros, celtas entre sí y celtas y romanos, obligaban a efectuar para asegurarse el cumplimiento de los pactos<sup>33</sup>.

## 6. PODER, UNIONES, Y PARENTESCO.

Para César, el eduo Dumnóriges era el arquetipo del noble poderoso e influyente entre los suyos. Era hermano de Diviciaco, la máxima autoridad entre los eduos, aunque en realidad parecía que *de facto* el jefe era Dumnóriges, ya que era a él a quien en realidad el pueblo obedecía. Era éste un eduo muy rico, tenía valor y arrojo, la influencia suficiente como para conseguir que a su orden, ningún eduo vendiera trigo a los romanos, un gallo de gran prestigio tanto en su país como fuera, y muy generoso, pues distribuía regalos entre sus seguidores, que como acabamos de decir, sumaban miles de incondicionales a sus expensas. Dumnóriges mantenía así mismo un importante cuerpo de caballería y había madurado una notoria posición de acreedor en sus relaciones con otros poderosos. Así, los secuanos le debían su papel como mediador ante los helvecios, pues gracias a su intervención aquellos pudieron atravesar sin problema el territorio de estos<sup>34</sup>.

De ello se desprende que buena parte del poder de Dumnóriges era consecuencia de los vínculos matrimoniales que había concertado para su familia. Su mujer era hija del helvecio Orgetóriges, su suegro, *homo nobilissimus ac potentissimus* entre los bitúriges, y sus hermanas y otros parientes tenían cónyuges de otras civitates. El

<sup>33</sup> Ap. *Gal.* 21. El intercambio de rehenes, en Caes. *BG* II.1.1, e incluso la quema de naves o los vici y oppida, para impedir echarse atrás, Caes. *BG* I.5.2; 4; 27.4; 28.3; 29.2/3; VII.15.1/4. En Carthago Nova había multitud de rehenes de todos los pueblos hispanos con los que los cartagineses mantenían alianzas militares, Livio XXVI.49.14, las condiciones impuestas por César a los jefes remos Iccio y Andocumborio, de tener que acoger y alimentar a todos los romanos de paso, se igualaban al *hospitium militare*, Caes. *BG* II.3.2/3. Ariovisto tenía rehenes eduos, Caes. *BG* I.31.12/13; 35.2; Dio Cass. XXXVIII.34.3. Lacetanos, ausetanos y cartagineses, todos aliados en el 218, Livio XXI.61.8, a Escipión sólo le basta ofrecer ganado a los ilergetas para que éstos rompan sus compromisos recién suscritos con los cartagineses, Livio XXVIII.33.2/3. Cuando los ilergetas abandonan a sus aliados, arrastran con ellos a otros *populi*, Pol. X.35.7/8. Suelen robar los ganados y quemar los campos de sus vecinos, a los que juzgan inferiores, Livio XXVIII.32.9; XXXIV.20.2;6; Plut. *Ca.Ma.* XI.2.

<sup>34</sup> César atribuye su riqueza a que controlaba la *portoria* y demás *vectigalia* de los eduos, que había obtenido a muy bajo precio. Ciertamente el comercio del vino era un pingüe negocio para comerciantes y arrendatarios del impuesto de tráfico, que veinte años antes cobraban de uno a seis denarios por ánfora. Pero se nos escapa la fórmula de como un no ciudadano romano, como era Dumnóriges, pudo acceder a tales beneficios, Cic. *Font.* 11; 19; la afición del los galos al vino, Diod. V.26.3; el control del trigo, Caes. *BG* I.17.1/2; I.4.2; 9.3; 16.3; arrojo, oratoria, inteligencia, munificencia y generosidad eran las cualidades necesarias para gobernar a todos los galos, según las aspiraciones de Ortiago, Caes. *BG* XXII.21

poder que estos vínculos otorgaban, que eran considerados más ciertos y seguros que los derivados de las palabras, hacía que fueran deseados no sólo por los celtas, sino por cualquier grupo indoeuropeo con pretensiones de aumentar su influencia. El germano Ariovisto tenía dos esposas, una sueba y otra que era hermana del *rex Norici*, Vocción, y en la parte meridional de Hispania dos reyes iberos cedían hijas en matrimonios a sus nuevos dominadores, Asdrúbal y Aníbal, siendo constantes las alusiones de los textos a las obligaciones establecidas sobre esta base<sup>35</sup>.

Pero junto a los beneficios inmediatos que estas uniones generaban a las familias implicadas, también aparejaron conflictos cuya frecuencia les hizo endémicos en la sociedad celta. Veamos primero la etnografía. En las tribus primitivas que no poseen un gobierno centralizado, factores como las cualidades personales o la identidad territorial suelen ser más importantes a la hora de elegir a los jefes que consideraciones sobre el parentesco. No obstante, en relación a éste último, cuando se constata una línea hereditaria, la autoridad del líder electo se basa en su posición dentro del linaje que administra el poder, y puede llegar a ser determinante su pertenencia o no a un grupo de edad. Tal clase de jefatura por tanto viene justificada más por "ser quien es o quienes son", que por lo que los elegidos son capaces de hacer, aunque la autoridad de aquellos a los que se les reconoce legitimidad por parentesco esté sutilmente controlada y limitada por el pueblo. Desde esta premisa la monarquía es el resultado final de la consolidación del sistema hereditario. Su función sería dar estabilidad a la comunidad, eliminando las disputas en su seno, puesto que linajes y gobierno central son nociones claramente incompatibles en la historia de esos pueblos<sup>36</sup>.

Tal esquema evoluciona sin problemas hacia una monarquía consolidada si no se producen alteraciones, internas o externas, que interfirieran en la dinámica así configurada. Entre los celtas por el contrario, los textos hablan de frecuentes interferencias que interrumpieron e invalidaron los procesos. Polibio escribía que los celtas mantenían constantes disputas entre ellos, y en efecto, buena parte de estas disputas se producían en los aledaños del poder y con éste como causa y fin de los enfrentamientos. En grupos con una jefatura estable la costumbre mueve al dirigente a asociar a su primogénito a las tareas de gobierno cuando éste alcanza la edad suficiente para ello. Hermanos e hijos de jefes celtas aparecen habitualmente asociados a las tareas del poder por delegación, como el hijo del ilergeta Bilístages o Mandonio, el hermano mayor de Indibil, también ilergeta, en funciones diplomáticas ante los romanos, o los alóbroges Roucilo y Aeco, hijos de Abducilo, *qui principatum in civitatem obtinuerat*, que ayudaban a su padre peleando contra Pompeyo y a favor de

<sup>35</sup> Livio XXXIV.11.2/3, año 195 a.C.; XXVIII.34.4/11; XXIX.3.1/5; XXIV.41.7; Caes. *BC* III.59.1; Caes. *BG* I.9.3; 18. 3, VI.3.5, la consanguinidad de parisios y senones; la de remos y suessiones, Caes. *BG* II.3.5; Diod. XXV.12; para Tac. *Germ.* IV.1, estos nexos aportaban pureza y peculiaridad racial, al evitar la degeneración de los matrimonios *inter nationes*. La importancia dada por los miembros de la oligarquía romana a los alianzas matrimoniales esta suficientemente constatada y ha sido objeto de numerosos estudios.

<sup>36</sup> E.Adamson Hoebel, *Antropología y experiencia humana*, Barcelona 1985, 493/494; P.K.Bock, *Introducción a la moderna antropología cultural*, Madrid [1969] 1977, 154; otra cuestión es el alcance efectivo del poder monárquico, J. Beattie, *op.cit.* 191;202.

César. El soberano Ambigato, que en tiempos de Tarquinio el Antiguo gobernaba en un tercio de la Galia, y fue sucedido por los hijos de su hermana, sus sobrinos Segoveso y Beloveso.

Con estas asociaciones se busca asegurar la línea sucesoria, despejar incertidumbres y desanimar aspiraciones no legitimadas de otros linajes. En la minoría de edad de los hijos, se asocia al poder a los sobrinos sin son adultos y aún, en ausencia o minoría de ellos, se acude a los hermanos. La incorporación al poder de individuos extraños al linaje que gobierna, como consecuencia de matrimonios con otras *civitates*, puede ser pacífica, asumiendo los yernos el papel de los hijos naturales, si éstos no existen, y dando por tanto lugar, como en el caso anterior, a gobiernos de apariencia dual. Iccio y Andocumborio gobernaban conjuntamente a los remos, no por que constatemos que tuvieran parentesco, sino por *summa nobilitae et gratia inter suos*, como aptitudes para el poder que compartían. El belóvaco Correo y el atrébate Comio lideraban una coalición de cinco civitates, siendo de todos los jefes ambos los más obedecidos. El caso de los hispanos Indíbil y Mandonio es quizás de los mejor testimoniados. Durante una docena de años (217-205 a.C.) gobiernan a los ilergetas con alternativa diversa y lideran diversas coaliciones en contra y a favor, indistintamente, de cartagineses y romanos. Ambos eran hermanos, mayor Mandonio, sin hijos o menores y por tanto, ajenos al poder. Indíbil es el caudillo militar indiscutible, y a su cargo está todo lo relativo a la guerra. Mandonio, más veterano y experimentado, asume funciones diplomáticas y lleva las negociaciones con el adversario, al tiempo que sirve de conexión entre la jefatura y el pueblo. En una generación, de no haber irrumpido Roma en el proceso, esa jefatura se hubiera consolidado en una institución análoga a la monarquía<sup>37</sup>.

Los conflictos surgen cuando al morir el padre que ocupa el liderazgo, un segundo hijo manifiesta y reivindica sus aspiraciones a sucederle, en competencia con el hijo mayor, su hermano, con el que ya compartía poder, o la rivalidad se establece entre un hijo del fallecido y el hijo del hermano co-regente, por lo tanto entre primos hermanos. Finalmente, también hay pugna por el poder cuando los yernos se sienten legítimamente respaldados en sus pretensiones de gobierno, o cuando otros linajes, que apoyaron al jefe desaparecido, ahora simplemente respaldan a otro candidato. En todos los casos la disputa se resuelve mediante el arbitrio, unas veces de las armas, y otras, de aquel o aquellos a quienes el grupo otorgó su confianza de mediación para ello.

A través del mito los griegos asentaron lo que era justo en relación con los mandos duales conflictivos. Eaco, hijo de Zeus, el más justo y piadosos de todos los griegos, dio a Escirón la jefatura del ejército y a Niso, su cuñado, la realeza, en su dis-

---

<sup>37</sup> Caes. *BG* II.6.4; VIII.6.2; Orosio VI.11; 14; Pol. II.19.3; 60.8; II.18.8; III.76.6; IX.11.3; X.12; 35.6/8; X.38.4; 18.7; X.40.10; Diod. XXVI.22; Livio XXIX.3.1/4; XXVII.17.3; XXII.21.3; XXVI.49.11; XXVIII.24.3/4; XXVIII.26.5; XXVIII.32.9; XXVII.19.7; XXV.34.6; XXVIII.31.5/7; A. Holmberg, Organización política de los siriono, en R. Llobera, ed., *Antropología política*, Barcelona [1979] 1985, 178; Livio V.34.1; 3; Le Roux, F., Le celticum d'Ambigatus et l'omphalos gaulois. La royauté suprême des bituriges, *Ogam* 13, 1961, 159/184.

puta por la supremacía en la *polis* de Megara. En el 218, en los Alpes, cerca del país de los alóbroges, dos hermanos disputaban el poder supremo. El mayor, Braneo, *qui prius imperitarat*, fue expulsado por el menor, con menos derechos pero con más apoyos. Se pidió la intercesión de Anibal, que resolvió por el mayor. En Ibes, zona oriental de la Península Ibérica, año 206, dos primos disputan el trono y se someten al arbitrio de Marte, esto es, al combate. Venció el mayor, Corbis, hijo del hermano mayor, frente al más joven e inexperto, de nombre Orsúa. Entre los tréveros pugnan por el poder Induciomaro y Cingetórige, suegro y yerno respectivamente, dándose el liderazgo al primero, y aún tras su muerte durante un tiempo el poder siguió en el mismo clan, administrado por los *propinqui*. No había parentesco entre Coto y Convictolitavis, o Eporedórige y Viridomaro, líderes que desempeñaban o competían por el poder supremo en la *civitas* de los eduos. Pero ya antes de César la administración romana había configurado una sola jefatura, que era ocupada por el candidato más favorable a los intereses romanos, alterando la pugna habitual por el poder que caracterizaba la sucesión en el mando en aquella *civitas*. Esta magistratura se denominaba *vergobretus* y a la llegada de César estaba ocupada por Diviciaco, hermano mayor de Dumnórige, *quod eorum adventu potentia eius deminuta*, y merece que digamos algo sobre ella<sup>38</sup>.

César decía que aunque desde antiguo la autoridad regia estaba desempeñada por un único magistrado durante un año, ahora la desempeñaban dos. Que sepamos el *vergobretus* no contaba con paralelos en otras etnias. De los datos referidos al tiempo de la conquista de las Galias, podemos articular un esquema de cual pudo ser el modelo de administración del poder entre los eduos. Como en otros pueblos, el poder solía ser objeto de rivalidades entre linajes que albergaban aspiraciones, y la balanza finalmente se inclinaba hacia el candidato del bando más influyente y apoyado por la mayoría. Roma, favorable a las relaciones con interlocutores individuales, abogó por la superación del sistema tradicional que causaba enconos y desgastes en sus mejores aliados, y concentró todo el poder en una sola magistratura, a la que rodearía de las cautelas necesarias que conjuraran los vicios actuales. Sería anual, como el consulado, limitado a un territorio, como su *imperium*, en principio según el narrador de carácter individual, y con un poder similar al que los romanos concebían para la *regia potestas*, o el *paterfamilias*. El candidato era seleccionado *per sacerdotes more civitatis*, en este caso los druidas, de influencia efectiva muy grande en todos

<sup>38</sup> Pol. III.49.8; Livio XXVIII.21.6/10. Livio XXI.31.5/6Caes. BG. V.3.2; 56.2; VI.2.1; 8.8/9; Caes. BG VII.39.2; I.18.8. Pocos textos hay sobre el *vergobretus*, Caes. BG I.16.5; Isid. *c.gl.lat.* V.613, 43: *virgobretus nomen magistratus*, y una moneda gala de los lexovios, Ccisiambos catts vercobreto(s), cf. A. de Barthélemy, Liste de mots relevés sur les monnaies gauloises, *RC* I, 1870, 28; *CIL* XIII 1048, con un ciudadano romano, cuestor y *vergobretus*, en una inscripción de Saintes, F. le Roux, A propos du Vergobretus gaulois. La regia potestas en Irlande et en gaule, *Ogam* XI, 1959, 66/80, espec. 66. El término tiene que ver con *iudicio effi-cax*, buen juicio, o eficaz en consejo, por lo que es posible que el cargo fuera una restauración romana a su conveniencia de un antiguo cargo eduo.



los aspectos de la sociedad gala, que solían favorecer la concentración de poder en aspirantes de familias concretas<sup>39</sup>.

Pero la magistratura carecía de los elementos necesarios para ser aceptada. Para empezar, aparecía como una imposición de la potencia invasora a la que sin pudor alguno servía. Era un artificio que aprovechaba probablemente el prestigio de una vieja institución edua, que probablemente estaba en relación con el buen juicio y el consejo, de la que nada sabemos, y que no entraba a valorar los argumentos de las partes en conflicto. El *vergobretus* administraba el poder al margen de la opinión pública, suponía un elemento, en fin, ajeno a los mecanismos tradicionales que la nobleza edua desplegaba en su competición por el poder, cuya influencia y supremacía la nueva magistratura pretendía desactivar. La experiencia indica que el *vergobretus* fue poco operativo, no eliminó las disputas ni las banderías, ni formalizó una fuente de autoridad y poder estables. La continua presión de los candidatos obligó a admitir algunos cambios de hecho, y el término pasó de designar al magistrado, en singular, a nombrar la magistratura, de modo que de nuevo la ocupaban dos candidatos, aunque con pírricas restricciones como que no podían simultanear dos miembros de una mismo linaje, ni existir parentesco entre los salientes y sus sucesores, de manera que cualquier veleidad hereditaria quedara cercenada<sup>40</sup>.

La suerte del *vergobretus* fue la de los reyes o jefes que Roma impuso a los diversos pueblos celtas, dirigentes favorables a los intereses del senado que finalmente eran condenados a salir del territorio, o a buscar este mismo exilio de forma voluntaria para escapar a penas mas severas, como la muerte. Reyes instaurados por los romanos fueron Vanio, de los suebos, por Druso César, expulsado finalmente en el 49 d.C. por sus sobrinos Vangión y Sidón, e instalado luego en tierras de Panonia con los suyos. Tasgocio, entre los carnutes, por César, asesinado a los tres años por la aristocracia de esa *civitas*. Cavarino, entre los senones, por César, al lado del cual huye al descubrir una conjura que pretendía acabar con su vida. Comio, entre los atrebates, por César en su trono, obligado por el populacho a salir del territorio, y que acaba yendo con los germanos. Catualda, de los gotones, en la colonia narbonense de *Forum Iulium* (Frejus), por Tiberio en el 16 d.C. Itálico, joven querusco que el pueblo germano pide a Claudio en el 47 d.C., para comenzar poco después a recelar de él. Prasutago, entre los icenos, impuesto por Nerón en el 60, aunque apenas muere su familia es destruida por los clanes y ello pese a que para salvaguardar la sucesión

---

<sup>39</sup> Caes. *BG* VII.32.2; 33.4; VI.13.8/9; dice Dio Chrys. *orat.* 49.8, que los druidas eran gente versada en el arte de la adivinación y otras ciencias, sin cuyo permiso los reyes no podían actuar ni decidir nada, hasta el punto de que parecía que ellos no eran sino servidores y ministros de sus deseos ... aunque los reyes tuvieran tronos excelsos, habitaran grandes casas y vivieran con suntuosidad. Tal clase de potestas en realidad se le suponía a padres respecto a esposa e hijos y a caudillos respecto de sus soldados, Caes. *BG* VI.19.3; 23.4; vid. W.V. Harris, *A Roman Father's Power of Life and Death*, *Studies in Roman Law* A. Arthur Schiller, Brill, Leiden 1986, 81/95.

<sup>40</sup> F. le Roux, *op. cit.* 68. *Excedere ex finibus non liceret, ... se uterque eorum legibus creatum esse dicat, ... duo ex una familia ... vetarent*, Caes. *BG* VII.32.3/4; 33.3.

había nombrado al mismo emperador como heredero, o finalmente, Mandubracio, de los trinovantes, en Britania, que pide a César que le restituya al frente de los suyos<sup>41</sup>.

## 7. LA ASAMBLEA DE LOS CELTAS.

Hemos venido estableciendo antes los rasgos de quienes ejercen el poder y desempeñan las jefaturas en las sociedades primitivas y entre los celtas. Pese a que nuestra atención se ha ocupado de individuos y colectivos minoritarios pero influyentes, el análisis no ha podido dejar de referirse al tercer segmento, el pueblo, que más allá del papel difuso que los textos suelen atribuirle, según las experiencias de sus propias sociedades, aparece siempre como responsable último de las decisiones.

Ya hemos visto que en la sociedad primitiva la elección o designación de jefes, por encima de motivaciones etnocéntricas, se basaba en razones prácticas y utilitarias. Un candidato era preferido a otro porque los electores pensaban que daría seguridad y obtendría beneficios materiales para todos, ya que como *supra* vimos, el pueblo siempre quiere cosas tangibles. En definitiva, se elegía a uno u otro en la confianza de que el designado iba a ser el más útil en las circunstancias presentes, por encima de los demás aspirantes. Cuando se estimaba que estas condiciones ya no se daban, aquella primera decisión quedaba en entredicho, la confianza depositada se le retiraba sin ceremonia alguna, y, simplemente, al jefe ya no se le escuchaba, se le abandonaba, y si insistía en seguir haciendo uso de aquel liderazgo, directamente se le despreciaba, pues la comunidad que antes le apoyó ya buscaba o había encontrado sustituto.

Las noticias sobre el papel político de la asamblea del pueblo celta son tan escasas como escuetas en su contenido. Entre los celtas el pueblo se reúne cuando quiere, *ut turbae placuit, considunt armati*, según un texto, o bien lo hace cuando es convocado por sus líderes, para otros autores, con el objeto de elegir a los jefes que les conducirán en la guerra. De la misma forma, en esas asambleas el pueblo designa, de entre los principales, príncipes de la *civitas*, a quienes impartirán justicia y fallarán los pleitos *per pagos et vicos*, pero siempre desde el asesoramiento y la supervisión de la asamblea de ese mismo pueblo, que controlará su actividad a través de un centenar de sus individuos, *centeni singulis ex plebe*, cuyo procedimiento de elección y funciones concretas ignoramos. Finalmente, ese mismo pueblo en asamblea es quien asume, trata y decide sobre las materias más graves que afectan a todos, de acuerdo con la vaga expresión que utiliza la fuente, aunque éstas materias también son objeto de un tratamiento previo a cargo de esos mismos principales, cuyas opiniones ya vimos como eran valoradas por el pueblo, que manifestaba su aceptación o rechazo, con el golpear de su armas en los escudos y con toda clase de gritos de repulsa<sup>42</sup>.

<sup>41</sup> Tac. *Ann.* XII.29; 30; 63.2; XI.16/17; XII.29;30; XIV.31;Caes. *BG* V.20; 54.2; VI.5.2; VIII.21.1; IV.21.7/78; V.25.1/3; 29.2; 27.4.

<sup>42</sup> Tac. *Germ.* XI.1;4/6; XII.3; Caes. *BG* VI.23.4/5; Str. IV.4.3. Es lícito suponer que en la asamblea celta se debían reproducir los nexos y fidelidades que obligaban a séquitos y patronos. De ser éste el único factor

En otro trabajo analizamos el funcionamiento de la asamblea celta, en relación con el resto de los sectores sociales que formaban aquella comunidad. Algunas de las ideas allí expuestas pensamos que siguen siendo válidas en relación con lo que ahora exponemos, y no está de más traerlas aquí a colación antes de pasar a ampliarlas. Todas las referencias escritas sobre la asamblea celta muestran un órgano que se desenvuelve entre expresiones y decisiones de la máxima autoridad política, por encima de cualquier otra instancia de poder, una institución que deja un papel secundario a caudillos militares y líderes civiles. La asamblea es un medio o canal de expresión de la ciudadanía que valora muy positivamente llegar a decisiones que sean fruto del sentir de la totalidad de los reunidos, en definitiva, de acuerdos tomados por unanimidad. Para ello hace uso de la rotunda y estentórea expresión de sus posiciones - hay no poca presión ambiental en esas reuniones -, que desaniman a los pusilánimes y disidentes, y mueven a sumarse a la corriente mayoritaria, y cuando persiste la disidencia, actúa desde la vehemente persuasión de los disidentes, a la eliminación física de los mismos, pues no se valoran las decisiones tomadas por mayorías<sup>43</sup>.

En la sociedad celta y pese a la apariencia contraria que pudiera concluirse de los textos, el poder no está recortado, no hay órganos que posean una porción de ese poder, sino que éste siempre, de alguna manera u otra, reside en el pueblo, que lo administra a través de su asamblea, y es a través de ella que lo esgrime en su totalidad. La asamblea puede delegar una parte de ese poder en los jefes, sean civiles o militares, que en realidad actúan como meros portavoces, pero como hemos venido diciendo, son jefes que si se muestran por encima de ese mandato, se les abandona o, incluso, se les elimina, reforzándose la autoridad de la asamblea en la misma medida en que se confirma la debilidad e sus líderes<sup>44</sup>.

La asamblea celta es la reunión del pueblo, pero sobre todo del pueblo en edad de portar armas. Es por tanto, una asamblea de marcado carácter militar, una asamblea armada. Los textos nombran a este colectivo de eventuales guerreros con el término de *iuventus*, por lo que conviene aclarar las posibles nociones que el latino barajaba cuando lo utilizaba. En primer lugar, esta *iuventus* no son sólo los jóvenes, en el sentido de individuos de edad englobada en el tramo temporal de la adolescencia, los *puberes* o *adulescentes* en los textos. La *iuventus* como pueblo en armas nos remite a la estructura básica de edad del pueblo romano, que es quien la utiliza como expresión, y que distinguía dos grupos de edad, los *iuniores*, hombres entre los diecisiete

---

a tener en cuenta, pocas sorpresas podía deparar la decisión del pueblo reunido en armas. Conocidas las fuerzas numéricas de cada candidato, podía preverse los resultados. Pero siempre existía un margen de acción que podía alterar el resultado. Recordemos cómo Ulises da un vuelco a lo que ya parecía una decisión tomada, la de regresar a la Hélade. Este margen venía de la percepción que en ese momento tuviese el pueblo de la gravedad de la situación, la capacidad persuasiva de los discursos, el arrojo de los candidatos, el carisma desplegado en cada momento y el estado de ánimo de los reunidos, en fin, de la empatía que pudiese resultar de la escenificación del proceso.

<sup>43</sup> Lucilio sintetiza el carácter tumultuoso que presidía la concentración de la multitud gala para decidir los asuntos, *conuentus pulcher: bracaе, saga fulgere, torques datis magni*, en Non. 227M 11

<sup>44</sup> J. Muñiz Coello, Los miembros de la asamblea celta. Notas para su estudio, *Iberia* 3, 2000, 226, 227, 229 y 230. Esta búsqueda de la unanimidad es típica de las sociedades arcaicas y entre los griegos es valor que se integra en la *themis*, lo que está de acuerdo con la costumbre y la voluntad de los dioses.

y cuarenta y cinco años, los soldados en activo, susceptibles de ser enrolados en cualquier momento, y los *seniores*, hombres de entre los cuarenta y seis y los sesenta años, el cuerpo de reserva de quienes ya se licenciaron tras una larga experiencia en armas. *Iuventus* por tanto sería los *iuniores*, en los que hay desde luego individuos jóvenes, aquellos cuyas edades estaban próximas a la del inicio en la milicia, pero también hay adultos, según se acercan a la edad de límite de grupo. Esta *iuventus* es por tanto el segmento básico de cualquier pueblo, el cuerpo de ciudadanos económicamente activo, los que cultivan los campos, cuidan de los ganados o trabajan en los talleres artesanales. Son los ciudadanos de pleno derecho en tanto guerreros, los únicos que al fin y al cabo cuentan en el Mundo Antiguo<sup>45</sup>.

Desde la perspectiva de los escritores griegos y romanos que nos informan, para quienes en su tiempo la guerra era un asunto de profesionales, la *iuventus* celta es frecuentemente descrita como un estereotipo que idealiza los tópicos válidos para individuos de cualquier sociedad, sobre todo en ese primer tramo de la edad adulta. Calificativos como renovadora, animosa, luchadora e idealista aplicados a la *iuventus* no neutralizan los graves problemas que su actuar irreflexivo, imprudente y desmedido ocasiona. De esta manera el lado romano justifica la descalificación en bloque de todas las decisiones que esta *iuventus* adopta, sin necesidad de aportar otras argumentaciones. Los jóvenes celtas se enfrentan frecuentemente a sus *maiores*, que encarnan los valores contrarios, la prudencia, la experiencia, la sabiduría y el sosiego necesarios para distinguir las mejores soluciones a los problemas que se plantean en cada momento. Es una pugna que está siempre presente, como confrontación generacional, en el plano de las relaciones personales particulares y las públicas de cualquier colectivo. Una *iuventus* que los autores dibujan egoísta e insolidaria con los destinos de su pueblo, hasta el punto de marchar a otras naciones si en la suya el ocio aleja la guerra, y que por tanto buscará siempre la solución bélica antes que la negociación y el acuerdo, aun a costa de comprometer gravemente el futuro de los suyos. Mal destino el de un pueblo que no escucha a sus *maiores*, que desconoce el valor de las promesas, que desconfía no sólo de sus vecinos sino incluso de sus dirigentes, y que se lanza a aventuras bélicas sin sopesar los graves riesgos a los que se enfrenta. Por mucho que en la guerra radicara buena parte de su fortuna. Éstas y otras consideraciones similares gravitaron como reflexiones moralizantes y políticas en los relatos de sus etnógrafos clásicos ocasionales<sup>46</sup>.

Los celtas eligen a sus caudillos en la asamblea, probablemente sin más preámbulo que la aclamación y el batir de armas ante los discursos oídos de boca de sus líderes, un sistema ajeno a los pacíficos procedimientos - poco pacíficos ya en el

<sup>45</sup> Livio, XXXIV.10.2, *puberes*; XXVIII.24.3/4; 31.5/7; XXVIII.24.1/4; XL.30.2, *iuventus celtiberorum*; Pol. XI.219.3; 31.1; Ap. Iber. 37; Tac. Agr. XXIX.4, *omnis iuventus et ... senectus*; E. Foulon, Polybe et les celtes (I), LEC 68, 2000, 341; (II) LEC 69, 2001, 35/64.

<sup>46</sup> Los jóvenes eduos Convitolitavis, *florens et inlustris adulescens*, y Eporedórige, en pugna contra Coto y Viridomaro, los candidatos de mayor edad y experiencia, Caes. BG VII.32.4; 39.1, *antiquissima familia natus et summae potentiae et magnae corgnationis, pari aetate et gratia sed generi dispari*; Tac. Germ. XIV.2, la *iuventus* lucha por *merces*, Livio XXIV.49.7, se entrega al mejor postor, Livio XXXIV.20.5, decide la guerra, Dio Cass. XXXI.42; Ap. Iber. 93, Sil. Ital. 384/390.

siglo I a.C - con los que los romanos elegían a los aspirantes a las magistraturas. Escogen a los más persuasivos y carismáticos, los que tienen una probada experiencia militar, sin restricciones de edad, incluso viejos si los reunidos consideran que la edad no impedirá el despliegue de una fuerza renovada. Los líderes allí investidos gozarán del máximo poder sobre el pueblo, el destino de la muchedumbre estará en sus manos, en tanto la confianza continúe otorgada<sup>47</sup>.

La etnografía comprueba que es una constante en la sociedad primitiva la tendencia de los subordinados a rechazar la autoridad de los superiores, a tamizar el poder que esa misma sociedad por vía de los mecanismos más o menos directos de los que se sirve ha delegado en los jefes, recordándoles que tal expresión de fuerza no es suya personal, sino tan sólo delegada. Ambiórige, al frente de la mitad de los eburones, es obligado por su pueblo a atacar un campamento romano, y ni siquiera está en condiciones de garantizar la vida de unos embajadores romanos que habían ido allí a parlamentar y que al contemplar la ira desbordada de la multitud le solicitaron protección como supuesta máxima autoridad de los que clamaban. "*Pues la autoridad de este rey era de tal clase que la multitud mandaba tanto sobre él como él sobre la multitud*", justifica la fuente. En la asamblea se decide el número de soldados que habrán de integrar el ejército y su distribución en contingentes entre las fuerzas aliadas, se marca incluso la estrategia de alianzas y objetivos militares, y se respalda a los ancianos o se les rechaza, expulsa o elimina, si sus propuestas coinciden o discrepan con las expresadas de forma unánime por los asistentes. El *plezos* de Segeda, *oppidum* de los belos, en la Celtiberia hispana, hace suyas las propuestas de su senado, expresadas por su portavoz, Kakyros, el más viejo de todos ellos, en relación a los argumentos a justificar ante los romanos sobre la ampliación de sus murallas. En el 197 una embajada romana que fue a concertar alianzas con los cenómanos, se encuentra a la *iuventus* de este pueblo en armas contra su senado, que apoyaba el acuerdo con Roma mientras que el pueblo había decidido sumarse a los rebeldes insubres. Cuando en el 238/237 a.C los galos transalpinos se presentaron en Rímimi, los boyos desconfiaron de sus dirigentes, Atis y Gálato, que habían firmado pactos con aquellos, se sublevaron contra ellos, los apresaron y los ejecutaron, y a continuación emprendieron la guerra contra los galos<sup>48</sup>.

<sup>47</sup> Floro III.10; Str. IV.2.3; Caes. *BG* VII.21.1; 63.6, Vercingetórige elegido jefe en Bibracte; Caes. *BG* V.11.8, Casivelauno, caudillo de los britanos; Caes. *BG* VI.19.3; 23.4; poder absoluto; Caes. *BG*. VII.62.5/7; VIII.12.2, el aulerco Camulógeno y el belóvaco Vertiscón, caudillos de edad avanzada.

<sup>48</sup> R. Cohen, El sistema político, R. Llobera, ed., *Antropología política*, Barcelona [1979] 1985, 41; Caes. *BG* V.24.4; 27.1/6, *non minus haberet iuris in se multitudo, quam ipse in multitudinem*; II.4.4; VII.74.1; 75.5, sobre los contingentes aliados; 28.6, cada destacamento, con su jefe al frente; cf. Livio XXIX.1.19/26, lacetanos, ilergetas, ausetanos y otros *ignobiles populi* de Hispania marchan con sus jefes, bajo la autoridad de Indíbil, año 205 a.C; las estrategias, asunto de la asamblea, P. Clastrés, *op. cit.* 113, aunque acaso tal control no fuese tan minucioso; turdetanos y sus aliados ocasionales, los celtíberos, campaban en lugares distintos, Livio XXXIV.19; Dio Cass. XL.5.1; Livio, per. 106; Diod. XXXI.39; Pol. II.21.5/6, la insurrección de los boyos; M.J. Meggitt, *Desert People*, Sydney 1962, 250; Ch. Peyre, *La Cisalpine gauloise du IIIe au Ier siècle avant J.-C.*, Paris 1979, 58.

## 8. LA SANCIÓN COLECTIVA.

Las fuentes escritas señalan que la asamblea celta tenía plena capacidad para impartir justicia sin cortapisas, delegando en hombres principales la jurisdicción en los distritos y sobre asuntos menores. Esta facultad de premiar y castigar a sus miembros encuentra su correlato en cualquiera de las sociedades primitivas. En éstas, las sanciones son la fórmula mediante la cual el colectivo de ciudadanos aprueba o reprueba las conductas que se considera que han beneficiado o perjudicado los intereses del conjunto, mientras que los litigios privados debían subsanarse entre las partes. Con el castigo o la sanción colectiva, la sociedad expresaba su justa indignación por el quebranto de su código de valores e intereses, y difuminaba la responsabilidad del clan o linaje, por ejemplo ante un castigo por asesinato, evitando así la venganza de sangre, pues era toda la sociedad la que compartía la responsabilidad de dicho castigo<sup>49</sup>.

Entre las tribus indias del Nordeste de los Estados Unidos de América las venganzas podían a veces saldarse sin guerras, mediante un intercambio de regalos que perseguía tanto la compensación material de la víctima como la restauración del equilibrio perdido en las relaciones. Entre los germanos el homicidio no era una falta tan grave que la asamblea no permitiera compensarlo con cierto número de caballos o reses, de las que el pueblo detraía una parte y el resto quedaba para el perjudicado o sus parientes. Cualquier individuo, con independencia de su rango y posición, desde el rey al último de los ciudadanos, podía ser obligado a comparecer ante el pueblo para responder de cualquier delito que se imputase. En ese proceso el acusado era susceptible de ser condenado a cualquier pena, por severa que fuese, incluida la muerte. Los guerreros alóbroges se sublevaron contra sus jefes, Roucilo y Aeco, a los que acusaban de sustraerles parte de las pagas y del botín que como mercenarios, recibían por sus servicios junto a César. La tropa en masa les mostraba su odio y desprecio, reprochándoles de continuo su perversa actitud, de modo que ambos jefes, "*impulsados por al vergüenza y calculando quizás que no se les dejaba libre de castigo - César había renunciado a hacerlo - sino que se les reservaba para otra ocasión, resolvieron desertar*".

Celtilo y Vercingetórige, padre e hijo, considerados por los arvernos como los dos personajes más influyentes de su tiempo, tuvieron que responder ante la asamblea de su propio pueblo de acusaciones de traición, el primero, *quod regnum appetebat*, y el segundo, por haber expuesto a sus tropas al peligro de los enemigos, y pretender gobernar a todos los galos con ayuda de César. Tuvo el reo que dar largas explicaciones, que le sirvieron de exculpación, bastante mejor parado que su padre que encontrado culpable de aquel delito de traición que se le acusaba, fue ejecutado. Dumnaco, *dux* de los andes, tras ser derrotado por los romanos se ve obligado a salir

---

<sup>49</sup> Tac. *Germ.* XII.3; Caes. *BG* VI.23.5; E.R. Service, *op.cit.* 64; tal poder de sanción puede delegarse en una persona, excepcionalmente, como es en el caso de los druidas galos, Diod. V.31.2/5; Caes. *BG* VI.13.1; 4/6; P.K. Bock, *op. cit.* 153; E. Westermarck, *Origin and Development of Moral Ideas*, London 1906, *cit.* en J. Beattie, *Otras culturas*, [Oxford 1964] Mexico 1978, 227; A.R. Radcliffe-Brown, *Structure and Function in Primitive Society*, London 1952, caps. XI y XII, sobre sanciones positivas, negativas, organizadas y difusas.

de su país y errar por los confines de la Galia. Finalmente el eduo Dumnórige, pese a su inmenso poder, tuvo que comparecer en la asamblea edua, cargado de cadenas, para responder de una acusación de traición, que de ser culpable le hubiese acarreado la pena de ser quemado vivo. En el Nordeste de la Península Ibérica, tras la derrota del 205 la asamblea ilergeta no sólo destituye a todos los jefes, sino que, en consecuencia con la responsabilidad de haber llevado a todo un pueblo al fracaso, son juzgados y entregados a los romanos, lo que significaba su ejecución segura. De todo ellos fue encargado Mandonio, al que pese a haber estado todo el tiempo conectado al poder junto a Indíbil, consideraron exento de culpa. En Galia, tras la derrota de los carnutes, César reclamó, apresó y finalmente ejecutó a su caudillo Gutruato, sin que en ningún momento el galo encontrara el más mínimo apoyo por parte de los suyos para impedirlo<sup>50</sup>.

## 9. LA UNANIMIDAD.

En las llamadas sociedades sencillas se constata que las decisiones de sus órganos de gobierno tienen que ser unánimes, de forma que cuando algún miembro sostiene con tozudez opiniones propias que son contrarias a las de la mayoría, puede bloquear la actuación del colectivo. Los jefes de los clanes que integraban las cuatro tribus de los hurones, en la región de los Grandes Lagos, entre Canadá y los Estados Unidos de Norteamérica, formaban un consejo en el que todos eran iguales, podían tomar la palabra en cualquier momento y votar sin discriminación alguna. Tal consejo aspiraba a llegar a decisiones consensuadas, representativas de la opinión pública, aunque ninguno de los presentes se sentía obligado por ello. Entre los iroqueses, ya citados, todo el poder era asumido por el consejo de los cincuenta *sachems* o Jefes de Paz. Lejos de ejercer poderes arbitrarios este consejo era muy sensible a la opinión pública y sus decisiones debían ser unánimes, pues no juzgaban de valor la obtención de una mayoría de opiniones sobre los asuntos. Este colectivo de jefes representaba a las tribus de los seneca, cayugas, onondagas, oneidas y mohawks, cada uno de los cuales con un número de *sachems* en el consejo. La unanimidad debía primero alcanzarse en el seno de cada tribu y luego ésta se trasladaba al consejo general de los iroqueses. Las opiniones contrarias de *sachems* recalcitrantes podían ser presionadas por la opinión pública, pero no más allá de la expresión de su

---

<sup>50</sup> L. Gugel, Praderas y llanuras, en *Culturas de los indios norteamericanos*, C.F. Feest, ed., Barcelona 2000, 210. Tac. *Germ.* XXI.1; XII.1/2; Caes. *BC* III.59.3; 60.2/3; VIII.31.5. Es éste un buen ejemplo de sanción colectiva aplicada por la opinión pública, cuya inequívoca presión sobre el infractor, aquí los dos jefes defraudadores, les obliga a huir de los suyos. Recuerda sobremanera los efectos de la *occentatio* y la *obvagulatio* latinas, ambas en las Doce Tablas. Caes. *BG* I.4.1; VII.4.1; 20.2/12. *Regnum appetere*, es probablemente una trasposición de las propias ideas de César, que trasladaba a esos galos sus ideas republicanas. Recordemos que el propio César tomaba muy a mal el que le aclamaran como rey, pese a que su comportamiento era similar, Ap. *BC* II. 107; 109; Plut. *Caes.* LX.1; Livio XXIX.3.1/4; Caes. *BG* VIII.38.

disconformidad, sin que mediara violencia. Si pese a todo la unanimidad resultaba imposible, simplemente el asunto se abandonaba<sup>51</sup>.

En la *ekklesia* ateniense la unanimidad formal era principio básico en la toma de decisiones, si bien ésta adoptaba ciertos mecanismos que sorteaban las tentaciones obstruccionistas y simplificaban los diversos jalones del proceso. Para empezar, cuando había hablado el último y ya nadie más tomaba la palabra, el arconte presidente de la asamblea juzgaba, y así lo manifestaba, que "*todos habían hablado*", con lo que la unanimidad se daba por sentado, pasándose a la votación del asunto tratado. Si el voto se realizaba a mano alzada, lo que era en la mayoría de los asuntos, el recuento estaba a cargo de un cuerpo de *proedroi*, especialistas en estimar visualmente el sentido del voto manifestado. Tanto si era de aceptación como de rechazo, el dictamen final se consideraba como unánime. En el juicio contra los generales atenienses que habían participado en la victoria sobre Esparta, en las Islas Arginusas, era presidente de la prytanía, que ese mes era la de la tribu Antióquide, el filósofo Sócrates. Persuadido de la injusticia del proceso que se iba a sustanciar bajo su presidencia, se niega a secundar el deseo de todos de iniciar la vista del mismo, y pese a las presiones que recibió para que no rompiera la unanimidad de los presentes, declaró que era mejor que la cárcel y la muerte eran la ley y la justicia<sup>52</sup>.

Entre los celtas la unanimidad de la asamblea se impone a cualquier divergencia. Catamantaledes, rey de los secuanos y amigo de Roma, es expulsado del país por su propio hijo, Cástico, por oponerse a la decisión de su pueblo, contrario a esa alianza, y que tenía además el respaldo de eduos y helvecios. Igual suerte corrió muchos años más tarde, en tiempos del emperador Cayo, el rey britano Minocinobelino, aunque esta vez la iniciativa la llevo el padre, y anduvo errante con algunos seguidores más allá del reino. Tras aclamar a Arminio como caudillo de los germanos, de forma unánime, su tío Inguiomero, de los queruscos, debe abandonar el territorio para evitar una suerte peor, y se refugia entre los suebos del rey Maruboduo, e igualmente Segestes, suegro de aquel caudillo, amigo de Roma, sale del país y se acoge a la hospitalidad de Germánico. La asamblea de los unelos impide a su *dux* Viridóvice y al resto de los jefes de los aulercos, eburóvices y lexovios, que abandonen la reunión en tanto no se adhirieran a la decisión unánime del pueblo de tomar las armas. Finalmente éstos dan muerte a todos sus senadores que igualmente se oponían a la guerra. El hispano Retógenes Caraunios, acaso *princeps* del *oppidum* de Centóbriga,

<sup>51</sup> S.S. Kasprzycki, *op.cit.* 125; G.P. Murdock, *op.cit.* 246/7; E. Adamson Hoebel & Th. Weaver, *Antropología y experiencia humana*, Barcelona 1985, 497.

<sup>52</sup> Los nueve proedroi que presidían las asambleas, que eran de prytanía distinta. *Vid.* E.S. Staveley, *Greek and Roman Voting and Elections*, London 1972; el proboulema se aprobaba por unanimidad y, en opinión de M.H. Hansen, *The Athenian Assembly in the Age of Demosthenes*, Oxford 1987, 130/2, una sola mano en contra, obligaba a abrir el debate. Sobre Sócrates, Esqu. *fals. embaj.* 84; Jenof. *hellen.* I.7.15; Plat. *Apol.* 32C. Unanimidad en el tribunal de Tegea, *RIG* I, 2, 1899/1927, n° 585, 1.29. En Roma una pena de muerte, fruto de una decisión unánime del pueblo, se rompe artificialmente haciendo que una de las tribus se abstenga y no vote, de modo que al reo se le permita el exilio, pero no la muerte, Pol. VI.14.7. Se habla de tribus porque era más fácil lograr el apoyo de los paisanos que el de clase, en una sociedad como la romana, de vínculos verticales (patrono/cliente, año/esclavo, pobre/rico).



en el Valle del Jalón, es enviado al exilio por la asamblea de su pueblo por romper la unanimidad, no apoyando la apertura de hostilidades contra los romanos<sup>53</sup>.

Hasta aquí el análisis de los textos. Tras él, el historiador entiende la mezcla de curiosidad, escepticismo y distanciamiento de los relatos griegos y latinos. Jefes que no mandan y a los que nadie obedece, ancianos a los que hoy todos escuchan y respetan y al día siguiente, ultrajan y ejecutan, y amorfas multitudes, ajenas a las leyes y al derecho, peor aún que el *plezos* de Cleón o la plebe de Clodio, que tan pronto se pliega a la autoridad de sus líderes, como se alza, arrastra o suprime a cuantos antes había encumbrado. Demasiadas incongruencias para observadores que analizan con ojos modelados por siglos de instituciones y jerarquías.

Aún para nosotros, las conclusiones distan de satisfacer las expectativas, y con los textos disponibles creemos que el futuro de la investigación no deberá perder de vista el campo de la etnografía, de los paralelos de la sociedad primitiva, las aportaciones que puedan extraerse desde el campo de la arqueología, y por supuesto nuevas y más detenidas lecturas de todos los textos que superen la provisionalidad de la nuestra.

---

<sup>53</sup> Caes. *BG* I.3.4; II.28.1; V.27.1/7; 36.2; 56.1/2; III.17.3/4;18.7; IV.27.4; VI.6.4; 30.3; Orosio VII.5.5; 57.3; 62.5; 75.5; 76.1; VIII.6.2; 7.5; 21.1; 23.2/6; V.Max.V.1.5; Tac. *Ann.* I.55.1/2; 58.2; 59.1; II.45.1; 46.1, de Tiberio; Floro IV.12; Ap. *Iber.* 94, del 143 a.C.